NOSOTROS

«LA NAVE»

No me detendré á juzgar la tragedia: se ha publicado y todos pueden hacerlo. Sin embargo, la impresión que su lectura dá, es que ninguno de los oyentes pudo comprender las intenciones de D'Annunzio.

Los críticos más amigos del poeta, los que más se regocijaron con el triunfo, han debido creer al leer «La Nave», que era, ó una mistificación, ó un enigma, y esto se nota en los artículos que de Italia nos llegan.

No es que pretenda afirmar que «La Nave» se halla desprovista de mérito: digo y sostengo, y nadie me podrá contradecir después de haberla leído, que no puede ser comprendida á la primera audición, y que, si se exceptúan los muy contados, doctos en historia veneciana, nadie está en grado de comprenderla ni siquiera á la centésima, necesitándose para ello de estudios especiales. La consecuencia, pues, de esto, es que los aplausos y el suceso que obtuvo, débense á causas que nada tienen que ver con el valor de la tragedia. Estas causas son muchas: la voz de que el poeta se había propuesto persuadir á los italianos de la necesidad de poseer nna ma-

rina poderosa; la belleza del espectáculo y acaso de la música; y, probablemente, muchas otras más. Un fenómeno de sugestión.

Antes de todo: ¿«La Nave» es un drama?

Drama es la representación de una acción: si hay la acción, dice Aristóteles, hay el drama, aun cuando falte el carácter, mientras que la expresión de los caracteres, nunca dará de por sí sola un drama. Acción es el fratricidio, la muerte de Sergio por mano de su hermano Marco, y allí converge el drama, á pesar de las partes que no tienen razón de ser en la acción, sino únicamente por el significado alegórico que tiene en vista el poeta. El fratricidio es motivado por el odio oculto de Basiliola, que trata de vengar con él el horrible suplicio infligido á su padre y á sus hermanos. Para lograr su intención, Basiliola disimula, y logra enamorar, tanto á Sergio, el obispo, como á Marco, el tribuno. Entregándose luego á Sergio, llama sobre él la cólera y los celos de Marco, y de ahí el desafío y el fratricidio. Consumado el delito, el remordimiento se apodera de Marco, que resuelve alejarse de la patria para siempre, é ir, en su nave, en busca de aventuras en países lejanos. En cuanto á Basiliola, expía, dándose voluntariamente la muerte, el crímen del que ha sido la causante.

Hay, por consiguiente, un drama, una acción, y todas las partes que Aristóteles exige en el drama perfecto.

Pero el juicio cambia si se considera que Basiliola es un personaje simbólico, y el símbolo dá igualmente razón del primer episodio, que de otro modo no se enlazaría á la acción.

Es, pues, un drama simbólico, y como tal no puede juzgarse con arreglo á los criterios comunes: es una forma de arte propia de D'Annunzio, sin ejemplo hasta el día. Shakespeare no la usaba; mas no es hacer crítica decir que Shakespeare no es D'Annunzio. Cada cual da la que puede ó le place.

D'Annunzio se propuso componer una acción en que se reflejara la historia de Venecia, ciudad de la que celebra el nacimiento, y lo consiguió, poniendo en el año 552 hechos y personajes de muy distintas edades. De este año, en que coloca

D'Annunzio la acción de su drama, la historia no recuerda sino un solo acontecimiento, la llegada de Narsete á la isla de Rivo-alto, donde hizo edificar dos iglesias. Absurdo sería creer que el poeta poseyera algún documento especial del que sacara el drama. Los documentos relativos á aquel período oscuro de la historia de Venecia son muy contados (la crónica Altinate, la de Dándolo, la vida de los Dux de Sanudo, la crónica justiniana, las enumeraciones de las familias vénetas, Procopio, Pablo Diácono, Ana Comena, etc.), y todos muy conocidos. Pero son indispensables algunas indicaciones.

Es sabido que durante las invasiones barbáricas, muchos prófugos de las ciudades de tierra firme se refugiaron en las lagunas, y que de tales prófugos se compuso la población de Venecia. La laguna véneta forma una especie de arco del cual unas largas lenguas de tierra que la separan del mar, serían como la cuerda. Estas islas llámanse los *lidos*. Pero, á más de los *lidos*, esparcidas en el seno del arco surgen algunas más, siendo el grupo de mayor importancia el que tiene como centro la isla de Rivo-alto ó Rialto. Los prófugos en principio, como los bárbaros eran dueños de la tierra firme, buscaron asilo en los *lidos*, las islas más lejanas del continente, que cierran la laguna, y allí se detuvieron unos trescientos años. Sólo cuando se vieron asaltados por mar, dejaron los lidos y se refugiaron en las islas internas de la laguna, siendo la ciudad que surgió en esas islas la que más tarde fué llamada Venecia. En Rialto, isla que dió nombre á la ciudad, en principio, ya desde el 421 surgía una iglesia rodeada de 24 casas. Por tal motivo, son dos las fechas de la fundación de la ciudad de Rialto, llamada después Venecia: el 421 y el 814. Esta última es la fecha histórica, pues en ese año el dux Participacio trasladó de Malamoco á Venecia el asiento del gobierno. Mientras tanto, entre 452, año de la invasión de Atila, y 814, la vida de los vénetos se desarrollaba en los *lidos*. En principio, Grado, donde se habían refugiado los prófugos de Aquileya, era la ciudad más importante: allí, con los prófugos, llegó también en 452, el obispo Segundo. Nicetas, su sucesor, al retirarse Atila, volvió á Aquileya. En 480 el obispo Marcelino acompañado de muchas familias de Aquileya huyó nueva-

mente á Grado para salvarse de los godos; y también, huyendo de los longobardos en 568, allí refugióse Paulino, hasta que Helia, su sucesor, eligió á Grado por asiento episcopal. Contemporáneamente, en otros lidos, otros prófugos se habían establecido. Heraclea y Malamoco, surgieron más tarde.

En 552, año de la acción de la tragedia, Grado, en el lido homónimo, es la ciudad más importante, dependiendo del obispo de Aquileya, que aun no reside ahi. La diaconisa Ema representa en el drama como la sombra del obispo aquileyense. En otras partes de las lagunas surgen centros poblados, sobre todo en los lidos; pero cada lugar elige su tribuno, viviendo independientes los unos de los otros. Una confederación entre ellos no se había todavía establecido. Grado era la ciudad principal, pero no la capital, por cuanto, no sólo no había asociación, sino también porque el gobierno reconocido por los prófugos era aún el de Constantinopla, y por eso los jefes seguían llamándose tribunos. Sin embargo la dependencia de Bizancio era tan sólo nominal, pues hacia el año 500 Casiodoro, en la carta á los *tribunos de los marítimos*, habla de los vénetos como de gente libre é independiente.

El espectáculo que la laguna presentaba está con diligencia descrito en la didascalia. Compárense con la descripción d'Annunziana estas palabras de Molmenti: «Veíanse aquí y allá los muros de las salinas... Encajonados entre diques y canales para que sintiesen mejor la acción de la marea, extendían los molinos los rayos de sus ruedas .. y entre las casas, sobre los techos, sobre el espejo tranquilo de la laguna, en aquella paz de líneas y matices, levantábanse las velas de los buques »

También está pintada en el prólogo la vida de los habitantes. Capitanes de buques que llevan sal á Ravena; marmoleros, molineros, pilotos, fabricantes de órganos; el maestro de las aguas, etc., allí vemos agitarse los tipos que constituian en la época la población de la isla. La catedral en construcción es Santa Eufemia de Grado; el *arengo*, ó plaza de la asamblea popular, con la silla de piedra del tribuno, es el de la misma ciudad.

El piloto recuerda el sitio de Roma y la defensa de Beli-

sario: es el gran acontecimiento de la época, del que los vénetos tenían noticia por haber con sus naves ayudado á Belisario. Hablan también de las crecientes de los ríos, y sobre todo de la llegada de Narsete, de la familia Faledra, y del tribuno depuesto y cegado junto á sus hijos: en una palabra, el tiempo, los lugares y todos los acontecimientos necesarios para la comprensión del drama están expuestos y descritos con bastante diligencia. Esta parte no sería tan prolija en un drama antiguo: hoy en día es indispensable. Los nombres son históricos, y de los que más ilustres se harán en los tiempos posteriores. Grático era el apellido antiguo de los Gradenigo, originarios de Aquileya; Falerdo (Faledro) es la forma latina de Faliero.

Esta célebre familia era oriunda de Fano; sin embargo, en un documento en que se narra que en 421 los paduanos enviaron á Rialto tres cónsules para fundar una ciudad, el primero de estos cónsules lleva por apellido Falerdo. El documento no es auténtico, pero antiguo, y demuestra la existencia entre los vénetos, ya desde los primeros tiempos, de ese apellido. Los Faledros se llamaban también Anafestos (y no Anastasios, como dice Sanudo), y el primer dux de Venecia, que por consejo del obispo de Grado eligióse en Heraclea en 697, fué Lúcio Polo Anafesto, que otros leen *Paoluccio Anafesto.* Probablemente era de la misma familia, Orso, el tercer dux, que mereció del emperador el nombre de *Ipato* y del que es como un reflejo el Orso Faledro de la tragedia. Fué muerto, y su hijo Teodato, que trasladó la capital de Heraclea á Malamoco, también fué depuesto y cegado. Los otros tres hijos ciegos que en la tragedia aparecen, se deben también buscar en la historia posterior de la familia. De Tracia vino la familia Emo, á la que pertenece la diaconisa; de Mitilene llegaron los Maganessi (Jorge Magadiscio). Ya desde principio, entre los emigrados de Aquileya se formaron los dos bandos, el de los partidarios de los griegos, y el itálico, representados en el drama, el primero por los Faledros y el segundo por los Gráticos, facciones que mantuvieron á los vénetos en discordia sangrienta por más de 300 años, hasta la fundación de Rialto en 814. Fueron cegados los dux

Teodato, Fabricio, Galla Gaulo (Gauro en el drama), Monegario, etc., todos ellos en los primeros tiempos.

Aquel cuadro, pues, de Orso con sus cuatro hijos, á quienes á más de los ojos les fueron arrancadas las lenguas (?), sinó cronológicamente, es exacto históricamente. Esta nota no podía faltar en un drama representativo de la vida primitiva de los vénetos.

Entónces casi no se hacía expedición ó viaje sin traer á Venecia el cuerpo de algún santo. Las reliquias de los santos protectores de Grado, Sergio y Baco, las trajeron consigo los obispos de Aquileya, y fueron más tarde depositadas por el obispo Orso, en la iglesia de San Pedro en Castillo, catedral de Venecia hasta 1807. La costumbre anotada la encontramos en la tragedia. También era común la costumbre de excavar en las ruinas de Aquileya y de las demás ciudades destruídas, á fin de hallar tesoros ó reliquias, é igualmente ha sido señalada por D'Annunzio.

En una palabra, el poeta busca los rasgos más salientes de la vida veneciana de aquellos tiempos primitivos, y los adapta en sus cuadros sin cuidarse de la cronología y atendiendo únicamente á dar una impresión exacta de conjunto de todo aquel largo período. Y la impresión, sin duda, es justa. No es la historia del año 552, sino la de todos aquellos siglos, y está hecha con tanto arte, que, ó con Orso ó con Grático se podrían identificar todos los dux de Venecia, aproximadamente hasta el año 1000. Esto prueba que la obra es seria y que hubo de costarle á D'Annunzio no poco trabajo. No aparece en la tragedia el título de dux, porque solo en 697 empezó á usarse; pero las alusiones son evidentes.

El poeta llama Grática á la facción opuesta á la Grecánica, y es que el programa de tal facción varió con el tiempo. En los primeros siglos la lucha se entabló entre los partidarios de los griegos y los amigos de la independencia; más tarde á los favorecedores de los griegos se oponen los partidarios de los francos. El dux Juan Gabbaio (787) asocióse á su hijo Mauricio en el mando, y á la muerte del obispo de Olivolo (Venecia), hizo elegir por medio de la violencia á Cristóbal Damiano, á pesar de las protestas del pueblo y del patriarca

de Grado. Este hecho y otros semejantes se reflejan en la tragedia en la elección de Sergio, el hermano de Marco Grático. Juan encarga á su hijo Mauricio el castigo del patriarca, y Mauricio lo hace arrojar de una torre. Hechos de tal especie los recuerda vagamente el duelo de los hermanos; Marco el tribuno y Sergio el obispo.

El poeta inventa, pero guiado por la historia. La lucha entre las dos autoridades, la eclesiástica y la civil, no fué menos duradera ni menos encarnizada que la entablada entre los grecánicos y los itálicos ó gráticos, y si el poder civil está representado en Grático, el eclesiástico se personifica en Sergio. Madre de ambos, es la diaconisa Ema, la iglesia de Grado: madre de Grático, porque se debe al obispo Cristóbal y á sus consejos la elección de un dux que mandara á todas las ciudades de la laguna; madre de Sergio porque el obispo de Venecia (antes llamado Olivolense y luego del Castillo, por un castillo que surgio en la isla de Olivolo, y que, según la leyenda, remontaba á la edad troyana), fué sufragáneo del patriarca de Grado hasta el siglo XV, en que el papa Nicolás V trasladó el patriarcado á Venecia.

Entre las dos autoridades Basiliola representa Venecia, la ciudad y el pueblo, éste último hasta que dure el régimen democrático. Las didascalias parecen afectadas, pero no lo son si se advierte que Basiliola es la personificación de la ciudad más bella del mundo, la que Byron llamaba la segunda querida de todos los poetas.

«He traído conmigo una extravagancia nunca vista sobre las aguas»—repite dos veces al principio, y tal extravagancia es la ciudad de Venecia que ha de surgir, y especialmente su gran monumento San Marco. «Llevo al altar una ampolla votiva con la imagen de San Marco que ora entre camellos, llena del óleo que arde sobre su sepulcro.» «San Marco que ora entre camellos» es una alusión al estilo de la célebre iglesia, una mezcla de bizantino y de árabe.

El estado y la iglesia eran democráticos, siendo el pueblo quien elegía al obispo, y de ahí los amores de Basiliola con Marco y Sergio.

A página 68: «Ella avanza hacia los hombres y los mira.

Detiénese frente á un véneto de alta estatura que sobresale por encima de los demás de toda la cabeza.» «Me has llamado por mi nombre»—le dice. En efecto, entre los prófugos había también descendientes de los antiguos vénetos, y es uno de éstos quien la llama por su nombre: *Basiliola,* pequeña reina, Venecia.

«Tú apacientas las yeguas lupíferas cerca del Timavo» — continúa. Los vénetos se habían refugiado en Equilia, que así llamabáse por los caballos que allí se criaban.

Ellos todavía eran idólatras, debiendo ser seguramente el de Belén el ídolo al que hace alusión Basiliola. Esa frase: «El hermano la prostituye á los griegos», es una referencia á las ayudas continuas que los vénetos proporcionaban á los griegos en calidad de mercenarios, especie de prostitución. En el carácter de Basiliola se refleja admirablemente aquella mezcla de razas y cultos de su población primitiva: romanos, griegos, ilirios (vénetos); como también aquella voluptuosidad que hace de Venecia un pedazo de Oriente. Considérese también su afición por las fiestas, por los bailes, por el carnaval.

En cierta ocasión está por revelarse: «Sabrás, sabrás quien soy.» Su nombre es Diona, madre de Vénus ó Vénus misma, porque Venecia surge del mar como surgió Afrodita. Aquellos dados que caen son una alusión á la leyenda del oráculo de Gerión, que mandaba arrojar los dados de oro en la fuente de Abano.

Sus túnicas son los lidos verdes y el mar. Cuando en el primer episodio deja caer la primera, aparecen como dos mamas: los brazos quedan en sus vainas de varios colores, unidas en alto mediante una hilera de pequeñas listas que brillan al sol sobre la piel. Es cual aparecería Venecia en aquel entonces á quien entrara en la laguna á través de los lidos: las mamas son las dos islas de Rialto y Olivolo, ésta con su castillo, aquélla con su antigua iglesia; las listas pequeñas son las islas menores que las circundan; la vaina en que permanecen aún ocultos los brazos es el mar.

Esta es aproximadamente la significación simbólica de Basiliola, cuya llegada anuncia el piloto con las palabras:

MIECIÓ HORSZOWSKI

Por tu frente de nácar con crinera de miel,
Por tus sonrientes ojos, caracoles de aurora,
Por tus manos, sus venas, sus uñas y su piel,
Que parecen dos lirios para Nuestra Señora;

Que parecen dos lirios que visita el rubor
Cuando el viento les hurta la harina del estambre
Y por todo tu espíritu tramado en ruiseñor,
Se ha abierto la colmena y ha salido el enjambre.

Música, tú que apriscas la esquila al tamboril,
Has dicho: suelte hogaño mi búcaro de abejas
La mano que es menuda, temprana é infantil.

Y las profundas pautas que hicieron los maestros,
Tuvieron yemas nuevas sobre las claves viejas
Por la virtud de un músico de aquestos días nuestros.

B.

Digitized by the Internet Archive
in 2023

https://archive.org/details/nosotros_1908-03_2_8

«La sirena está en la laguna». Su cinturón, como ella le dice á Marco al final del primer episodio, bien vale una corona.

El primer episodio debió ser modificado en la representación. Sin embargo el símbolo es allí tan claro, tan evidente, que no podían nacer equivocaciones. La *Fosa Fuia* es la que encontramos en Dante, en el capítulo XII del Infierno, en que son castigados los tiranos violentos contra sus súbditos, hallándose más ó menos sumergidos en la sangre según la gravedad de su culpa. Como alrededor de la fosa dantesca andan centauros flechando, así alrededor de la fosa de «La Nave» andan arqueros. La significación es idéntica: en la fosa de Dante están los tiranos *«che dier nel sangue e nell'aver di piglio»*, y que el pueblo mató. En la tragedia d'Annunziana Basiliola representa la muchedumbre enfurecida que castiga á sus tiranos. En efecto, algunos de los muertos por Basiliola son identificables fácilmente. Galla Gaulo (Gauro) es el que urdió la conjuración contra Teodato, hijo de Orso, y que le sucedió en el poder, habiendo sido en el mismo año depuesto y cegado. Dos otros nombres de dux, victimas de la muchedumbre, son Gabbaio y Centránico. Probablemente con alguna paciencia podrían identificarse todos los restantes, muertos por Basiliola.

Venecia, trozo del paraíso, en tales revoluciones, muy frecuentes en los primeros tiempos de la ciudad, en que las masas alzábanse, feroces y lujuriosas cual Basiliola, transformábase en una especie de círculo dantesco, y esto quiso significar el poeta, tomando de Dante, y precisamente del canto XII, el de los violentos contra el prójimo, el adjetivo de *fuia,* lleno de significación, sin que ello importe afectaciòn ó arcaísmo. Basiliola misma, esto es, la ciudad, el pueblo, es quien les lanza sus flechas á los arrojados en la fosa. La escena tiene el horror y el sabor de los espectáculos que simboliza. Basiliola no es allí un ser humano: es una fiera como toda multitud embravecida.

Traba puede significar ó el patriarca Helia, ó la orden de los carmelitas que del profeta Elías pretenden descender: sea como sea, representa los eclesiásticos que en nombre del

Evangelio predicaban la paz á la muchedumbre, echándole valientemente al rostro su ferocidad. Las alusiones al profeta Elías son evidentes.

Marco Grático, el poder civil, aparece en seguida, cuando ya está hecha la justicia. Traba lo incita á dar muerte á Basiliola, es decir, á oprimir la multitud y á suprimir la democracia. Es el consejo que en ocasiones semejantes dan al poder todos los hombres de orden: matar, oprimir, tiranizar.

En la última parte del episodio Basiliola trata de encender la ambición de Marco, y alude al hecho de mayor importancia de los primeros períodos de la historia véneta, la toma de Constantinopla efectuada por Dándolo, el viejo dux, también él cegado por los griegos.

En el segundo episodio está pintada con los colores más vivos una orgía en el templo mismo. Toda la historia del patriarcado veneciano con sus cismas, sus herejías, su corrupción, sus reformas, sus luchas con el poder civil que terminaron con el triunfo de éste último, está allí representada con arte pareja á la erudición. Pero el comentario resultaría demasiado extenso. Basiliola, el pueblo republicano, ora es partidaria del obispo, ora del dux, y se goza en ver al uno vencido por el otro. Las luchas, finalmente, en el tercer episodio parecen cesar, y desde entonces se desahoga la actividad de la República en empresas gloriosas. La varadura de la nave no tiene otro significado. La muerte de Basiliola es hermosísima: aquella cabeza entre llamas es Venecia en la gloria de sus puestas de sol.

He indicado algunas de las significaciones más claras del drama; para las demás, y son innumerables, requeriríase particularizar con exceso. El tema ha sido desarrollado con gracia y arte no comunes, y si nó en los teatros, «La Nave» vivirá como obra literaria de un valor sobresaliente. Es la obra de D'Annunzio concebida con mayor seriedad de intenciones, obra original, de inspiración y erudición aunadas, destinada á restablecer la fama del poeta, y á ganarle también las simpatías de quienes hasta el día no le han sido favorables.

Los versos son bellísimos; nobles la lengua y el estilo; admirables las imágenes. Para que se hiciera popular se necesitaría una cultura histórica demasiado superior á la común. Es, pues, natural, que la crítica quede confundida frente á una obra semejante.

Paréceme que lo dicho es suficiente para incitar á cualquier entendido á emprender un estudio más completo y reposado, que yo no me he propuesto hacer. Sin exageración se puede empero afirmar, que un volumen apenas bastaría.

HANS FRIEDRICH.

CANTIQUE DES CANTIQUES

A Lily de C.

Pour t'avoir délirante et nue entre mes bras,
Par un printemps d'extase et sous un ciel de gloire,
Près d'un lac que la lune argente et le vent moire,
Je veux, Prince et Poète, ouvrir mes Alhambras,

Mes Alhambras de rêve où les joyaux fleurissent
Des mots étincelants qui disent comme l'or :
—Je t'aime!... et te désire, et te désire encor,
A moins qu'au firmament les soleils ne périssent !

Tes cheveux ont l'odeur et la couleur du miel.
Ils couronnent un front d'impératrice fée,
En boucles sur tes reins, une fois décoiffée,
Ils semblent le manteau d'un nouvel astre au ciel.

Je crois voir l'Océan des antiques sirènes
Dans tes yeux où l'azur dans le glauque se fond,
Et des siècles passés j'entends le cri profond
Au nombre t'acclamer des beautés suzeraines.

L'arc divin qu'à ta lèvre oublia Cupidon
S'est trempé dans le sang des blessures des roses,
Ses flêches, d'un subtil philtre tu les arroses
Et leur pointe brûlante ignore le pardon.

L'ivoire de ta gorge a des iris de nacre
Quand ton collier y joue en somptueux dessins.
L'auguste gonflement de tes rigides seins
Promet deux globes lourds au roi qui les consacre.

Est-ce un rubis qui tremble à leur sommet neigeux ?
Dans un champ de jasmins une fleur grenadine ?
O printanier bouton de cette chair divine,
Comme tu fais frémir tout mon être orageux !

De Vénus de Milo le vrai geste olympique,
Ton bras marmoréen triomphal nous le rend.
Ta gauche a peur du vol de mon baiser errant
Et ta droite à mes doigts dispute ta tunique.

Ah, oui ! laisse la choir pour moi seul, ébloui !
Bénissant à genoux les colonnes du Temple,
Comme un nouveau Phidias, laisse que je contemple
Le mystère de grâce en femme épanoui !...

Pour tes pieds de satin j'aurai des tourterelles
Qui, d'un bec de corail, tes ongles poliront,
Et, pour que les lilas enguirlandent ton front,
Aux plus froides saisons j'aurai des hirondelles.

Viens dans le bois touffu d'un Parnasse ignoré :
J'y chanterai des vers qui sont mon pur dictame !
Ils te pénétreront jusqu'au tréfonds de l'âme
Et feront de ton coeur un encensoir sacré !

A nous deux isolés sous les rameaux du songe,
Nous cueillerons des Dieux tous les fruits défendus,
Et, de leurs gazouillis à l'écho répandus,
Les oiseaux conteront le vrai d'un doux mensonge !

CARLOS DE SOUSSENS.

Febrero de 1908.

LOS QUE IGNORAN QUE ESTÁN MUERTOS

Los muertos—me había dicho varias veces mi amigo el viejecito espírita, y por mi parte había encontrado varias veces también la misma observación en mis lecturas,—los muertos, señor mío, no saben que se han muerto.

No lo saben sino después de cierto tiempo, cuando un espíritu caritativo se lo dice, para despegarlos definitivamente de las miserias de este mundo.

Generalmente se creen aún enfermos de la enfermedad de que murieron: se quejan, piden medicinas... Están como en una especie de adormecimiento, de bruma, de los cuales va desprendiéndose poco á poco la divina crisálida del alma.

Los menos puros, los que han muerto más apegados á las cosas, vagan en derredor nuestro, presas de un desconcierto y de una desorientación por todo extremo angustiosos.

Sienten dolores, hambre, sed, exactamente como si vivieran, no de otra suerte que el amputado siente que posee y aún que le duele el miembro que se le segregó.

Nos hablan, se interponen en nuestro camino, y desesperan al advertir que no los vemos ni les hacemos caso. Entonces se creen víctimas de una pesadilla y anhelan despertar.

Pero la impresión más poderosa—como más cercana,—es la de que les sigue doliendo aquello que los mató.

Y, en efecto, una tarde en que por curiosidad asistí á cierta sesión espírita, pude comprobarlo.

La medium era *parlante.* (Ustedes saben que hay mediums *auditivos, videntes, materializadores,* etc.) Las almas de los muertos se servían de su boca para conversar con los presentes, ó como si dijéramos, hablaban por boca de ganso.

Debo advertir, á fin de que no parezca á ustedes ilógico ni en contradicción con lo que he dicho lo que voy á relatar, que no es preciso que un muerto sepa que está muerto para hablar ú obrar por ministerio de un *medium*.

En ese sopor á que me refería antes, los espíritus recientemente desencarnados rondan á los vivos é instintiva, maquinalmente, cuando encuentran un medium lo aprovechan para comunicarse, exactamente como un viandante, aunque no esté en sus cabales, por instinto también aprovecha un puente para llegar al otro lado del río.

Empezó, pues, la sesión sin matar las luces y la medium cayó en *trance*.

Momentos después, exclamaba:

—«¡Estoy mal herido! ¡Socórranme!» y se apretaba con ambas manos el costado derecho.

—¿Quién es usted?—preguntó el que presidía la sesión.

—«Soy Valente Martínez, y me han herido aquí, en la plazuela del Carmen; me han herido á traición. Estoy desangrándome... Vengan á levantarme».

Y por la cara de la medium pasaban como oleadas de dolor y de agonía.

Muchos de los allí presentes experimentamos gran sorpresa, porque, en efecto, en los periódicos de la última semana se había hablado con lujo de detalles del asesinato de Valente Martínez, cometido á mansalva por un celoso. Así, pues, la sesión se volvía interesante.

—«¡Vengan á levantarme!»—seguía diciendo con inflexión plañidera la medium.—«Me estoy desangrando: es una falta de caridad dejarme así, tirado en una plazuela»...

—Yerra usted, insinuó entonces el que presidía: cree usted hallarse herido y abandonado en la calle; pero en realidad está usted muerto!

—«¡Muerto yo!—exclamó la medium con dolorosa sorna. ¡Muerto! ¡Le digo á usted que estoy mal herido!»

Y seguía apretándose el costado.

—Está usted muerto y bien muerto. Murió usted de la puñalada, el viernes último, en el hospital de San Lucas.

La medium se impacientaba:

—«¡Es una falta de caridad dejarme tirado como á un perro! ¡Como á un perro, sí, en medio de la calle!»

Y se retorcía en su asiento.

—¿De suerte, preguntó el que presidía, que usted insiste en que está vivo?

—«Sí ¡y mal herido! Ayúdenme á levantarme. ¡No sean malos!»

—Pues le voy á probar á usted que está muerto. ¿Usted, qué es, hombre ó mujer?

—«¡Vaya una pregunta tonta: soy hombre!»

—¿Está usted seguro?

La medium hizo un movimiento de contrariedad:—«¡Que si estoy seguro! ¡Qué ocurrencia!»

—Bueno, pues tóquese usted la cara y el pecho.

La medium se llevó la diestra á las mejillas, y una expresión de indecible pasmo se pintó en su rostro: Valente Martínez (que, según los retratos de los diarios, era barbicerrado,) se palpaba imberbe...

La mano temblorosa se posó enseguida en el labio superior, buscando el ausente bigote... Luego, más temblorosa aún, descendió al pecho, y al advertir la ingente carne de los senos, la medium dejó escapar un grito, gutural, horrible, en tanto que fríos sudores mojaban su frente, lívida de tortura, en la que se leía el supremo espanto de la convicción...

Siguió un silencio muy largo, durante el cual la medium inmóvil, murmuraba no sé qué con labios convulsos, y, por fin, el que presidía dijo:

—¡Ya vé usted como está bien muerto! Yo lo he desengañado por caridad, para que no piense más en las cosas de la tierra y procure elevar su espíritu á Dios...

—«¡Tiene usted razón!» murmuró penosamente la medium.

Luego, después de una pausa, suspiró: «¡gracias!»

Y ya no profirió palabra alguna, hasta salir del trance.

AMADO NERVO.

LOS VERSOS DE FRAY CANDIL

El poeta de *Los Trofeos* encontró en los versos de Emilio Bobadilla vestigios del habitual pesimismo de Campoamor. A mí se me antoja desatinada la observación y dicho sea sin el vano propósito de enmendar la plana á quien tan acreditada la tiene. Frías debieron ser las relaciones amistosas de Heredia con los poetas castellanos; borrosos recuerdos dejaron, de seguro, en su mente, las lecturas de nuestros genios; pocas horas empleó en deleitarse con la rimada metafísica del autor del *Licenciado Torralbas*. De no ser así las poesías de Emilio Bobadilla hubiéranle traído á la memoria la musa soñadora y airada de otros bardos españoles. No es el pesimismo, ni siquiera la humorada, abstractamente, quien define el parecido entre poetas; y figúrome no errarla afirmando que tampoco es fuerza de parecido entre artistas, ya sean poetas, prosistas ó pintores, la práctica de un mismo género interpretado en un mismo sentido ó influenciado por el mismo medio y las mismas emociones. El colorido abre abismos entre poetas de tendencias semejantes, hasta en aquellos que son imitadores de un solo modelo. Dos poetas escépticos pueden ir por rumbos diametralmente opuestos y las notas amargas de su escepticismo darles un caracter antagónico; enfermedades iguales tal vez, pero con síntomas diferentes; una sola pena, acaso, que arranca lamentos desiguales; una sola sensación que lleva lágrimas á los ojos de uno y á los labios de otro sonrisas.

Sobre todo, para mí, si el verso en Campoamor es más expontáneo que en Bobadilla, en este la idea es más profunda; si en el primero la visión artística es más universal, en el segundo es más firme. Lo que Campoamor tiene de candoroso, en Bobadilla es aticismo. Tienen, además, modos opuestos de apreciar la vida, modos opuestos de apreciar la poesía. Campoamor era acusado, y con bastante fundamento, de plagiar la forma luminosa de Víctor Hugo. Bobadilla es plagiario por modo distinto: es plagiario de sí mismo; ha plagiado en muchos de sus versos los arranques ardorosos de sus artículos humorísticos.

Bobadilla no es de aquellos poetas afamados que logran disfrazar sus sensaciones verdaderas con falsos ropajes de damasco. Ateneo no podría acusarle, como acusaba á Anacreonte, de inventar estados de ánimo á que jamás se vió sujeto. Bobadilla en sus versos dice lo que en el alma rebosa, aunque para ello rompa con las bellezas del idioma ó con el buen parecer de los timoratos. Sus extravagancias, que las tiene, responden á la fogosidad de su númen, y á veces figúranseme estallidos de un cerebro descontento de su propia obra. Expresa el dolor en todos sus versos, pero es un dolor que no tiene faces nuevas y que se manifiesta en todas las cuerdas de su lira; es un dolor que agita su alma constantemente y que le tiene en perpétuo insomnio divagando sobre las miserias de la vida que rodean al hombre. Todos sus versos parecen hechos para expresar una idea dilatada, inmensa, imposible de contenerse en los límites de un solo canto; una idea sola á la que el poeta dedica su existencia, su producción fecunda y original. Bobadilla vé todas las cosas á través de una sombra que no alcanza jamás á describir; sus puestas de sol tienen reflejos semejantes á sus noches de luna; su alma es honda y la ilumina en toda su profundidad la solemne idea que extremece sus nervios y arranca las quejas armónicas de su corazón.

En Bobadilla el realismo de la prosa caracteriza la forma del verso. Sus mayores rarezas consisten en rimar cuanto parece refractario á los encantos de la poesía. Sus alegorías son tan naturales que jamás podrían confundirse con el decantado

simbolismo parisino. La imagen aparece en él simultáneamente con la emoción, mientras los simbolistas huyen de lo pictórico y quieren que el objeto sea visto sin enunciarlo, interpretando el lector, como observa Max-Nordau en *Dégènérescense*, la emoción propia. Locura, y grande, buscar entre los poetas jóvenes de Francia el maestro de Emilio Bobadilla. Su poesía, como su prosa, es suya, no tiene los rasgos que se prestan, unos á otros, los poetas adoradores de una escuela misma. Habla de amores sin creer en la inmortalidad del amor. Sus accesos á la ciencia, de que da muestras cuando analiza en prosa, le hacen psicólogo en verso. Sus odios son como sus amores y acaso la idea predominante en toda su poética es la rima del desprecio, desprecio del espíritu y de la carne, desprecio de todo lo humano con negación de todo lo divino: la quinta esencia del escepticismo que traspasa los límites de su época para ser, según la filosofía de Nietzsche, lo vulgar en siglos futuros. El es el modelo de sus análisis: ha hecho un estudio de sí mismo tan completo que le basta para conocer á la humanidad toda.

Si algún crítico fustigara á Bobadilla por los prosaismos en que incurre adrede, en mi sentir demostraría no entenderle. La poesía de esa prosa es tan intensa que llega á los corazones exquisitos con la ternura de frases dulces y sonoras. En cambio no podrá consagrarse, como los versos de Juan de Dios Peza y Manuel Acuña, en la memoria de las damas románticas. Sin embargo, para mí, las durezas de la forma, en Bobadilla, ejercen un poder sugestivo incomparable. El *Nocturno* que dedica al filósofo González Serrano, y que acaso sea para las gentes lo menos apreciado del poeta, es bellísimo y tiene, sin duda, reminiscencias del *Nocturno* de José Asunción Silva que tanto conmueve y que reproduce las trepidaciones de un alma desesperada. A decir verdad en el *Nocturno* de Bobadilla hay algo que se inspira en el *Nocturno* de Silva, caso único en que Bobadilla trae á la mente versos agenos. No son iguales, pero en cierto instante producen emociones semejantes. Habla Bobadilla de un perro tísico que

«se encogía y alargaba sin ladrarme.
Y su sombra con la mía confundiéndose
como el lúgubre capricho
del pincel de un Goya histérico y borracho,
se alargaba y encogía
se alargaba y encogía
y de pronto separábanse creciendo
separábanse y huían
las dos sombras
las dos sombras de dos seres que vagaban.»

Las sombras producen en Bobadilla sensaciones sentidas también por Silva. La visión es la misma y son ambas igualmente bellas, sobre todo, cuando el poeta colombiano canta:

«Y tu sombra
fina y lánguida
y mi sombra
por los rayos de la luna proyectadas
sobre las arenas tristes
de la senda se juntaban.
Y eran una
Y eran una
Y eran una sola sombra larga
Y eran una sola sombra larga
Y eran una sola sombra larga.»

Bobadilla es, ante todo, un poeta descriptivo admirable. Nadie como él dibuja en la estrofa los ojos de fuego de una mujer tropical; nadie como él esculpe en la rima sonora la Venus amada que delira en el recuerdo. Los paisajes de Bobadilla tienen un matiz tan original, tan bello, que remedan pinceladas de Velazquez y Murillo. Las olas del mar, en sus versos, tienen tal exactitud que se las vé saltar, que se las vé correr, que se las vé deshacerse en espumas....

Y es que todo ello refleja el espíritu del poeta, el fuego de sus pasiones, la estética de sus ansias de artista, los colores vivos de la paleta que lleva en el corazón al correr de sus ideas que fluyen y refluyen en un océano de sentimientos!

Liras hay hechas de alas de mariposas; liras hay hechas de cascabeles; liras hay hechas de flores; y sus cantos son como las mariposas fugaces, como los cascabeles agudos, como las flores fragantes.... Pero esta lira, la lira del poeta que titula sus versos *Vórtice*, es misteriosa, invisible; se siente á veces que ruje como el mar, que ruje como la tempestad, y sus armonías recojen en la braveza de sus sonidos todos los cánticos que expresan el dolor, los lamentos de las almas enfermas y los bramidos que se lleva, en sus embates, amores y alegrías y deja una gota de hiel y una lágrima sobre el corazón helado....

M. MÁRQUEZ STERLING.

ESTA NOCHE DE NOVIEMBRE

Á LA CONDESA MATHIEU DE NOAILLES.

Esta noche de otoño es glacial y nubosa;
sólo el alma está en vela, y duerme cada cosa;

Todo es ya más antiguo que la vejez; el cielo
aclaran blancos grumos como barbas de abuelo;

Las calles de las tumbas son agostados cauces
que arrastran por el polvo las hojas de los sauces;

Por las ramas en donde la luciérnaga otea,
en escarcha menuda el sereno chorrea;

El silencio camina y hace parada el ruido
y un sentido se siente con amargo sentido;

El ambiente es maligno: si lo aspira el que pasa,
en sus pulmones filtra mezcla de hielo y brasa;

Por el temor y el frío, que se acercan sutiles,
tiemblan, si se aventuran, las manos femeniles;

La luna tiene miedo de salir al espacio
y la máscara asoma medio oculta y despacio,

Para, hacer más medroso el silvar de los pinos...
¡Cuánta tristeza invade los obscuros caminos!

Tose el can á lo lejos como pecho con asma;
la luna lleva puesto capuchón de fantasma;

La tierra se estremece de pavor, y de angustia;
es la inquietud, la pena, lo frágil que se mustia.

¡Ah!... ¿Podrá ser que noche que tanto mal predice,
con el alba no acierte y negra se eternice?

MANUEL S. PICHARDO.

Habana, Noviembre 2 de 1907.

EL AMORALISMO SUBJETIVO [1]

Al Dr. Rodolfo Rivarola.

En la historia del pensamiento filosófico no se producen soluciones de continuidad.

Sería muy fácil demostrar que muchas concepciones, aun las de aire más peregrino, verbigracia, el amoralismo, no son, por cierto, novedades que nos legara el siglo pasado. Para probarlo, tratándose del amoralismo, no hay más que recurrir á la filosofía pre-socrática, que ya presenta las especulaciones de los sofistas, esencialmente amorales.

La psicología ética de los filósofos sofistas conducía directamente á la negación de la moral social, á justificar la anarquía de la conducta individual, degenerando por consiguiente, en el más repugnante utilitarismo egotista que pudiera jamás concebirse, pues, por grande que fuere el escepticismo profesado, los sofistas no hubieran llevado seguramente á la dialéctica demoledora hasta aniquilar la voluntad de vivir. ¡Nada es verdad, todo es permitido! — hubieran podido exclamar con Zaratustra.

Tenemos, pues, derecho para considerarles cual precursores del amoralismo contemporáneo; y, talvez, como algo más que simples precursores, puesto que los elementos fundamentales de éste ya figuran en la concepción sofística.

El mismo culto del mal y la apoteósis del hombre malo, aunque no con fines vitales, tal como los concibiera Nietzsche, no pasan de ser antiguallas. El fetiquismo del mal fué

(1) Fragmento de un ensayo sobre "El Amoralismo Contemporáneo".

una forma de culto profesada por los que constituyeron la secta hiscariotista, cuyo principal objeto era el de rendir pleito homenaje á los hombres que mayor mal infligieron á la Humanidad.

La maldad natural del hombre, que Nietzsche se esfuerza en demostrar, era un lugar común hasta para el mismo Jesucristo. — « ¿ Por qué me llamas bueno ? Ninguno es bueno, sino sólo Dios ». Estas palabras se leen en el Evangelio de San Marcos, puestas en boca de Jesús.

Pero donde las tendencias amoralistas adquieren pretendida justificación y carácter sistemático es en manos de algunos metafísicos alemanes, representantes de la tendencia romántica anticristiana.

Entre ellos, ninguno más célebre que Max Stirner, autor de « El Unico y su Propiedad », sistema filosófico burlesco y monumento de charlatanismo, como le ha llamado Max Nordau. Max Stirner es el teorizador más célebre del individualismo amoralista.

La generalidad de los exégetas de Nietzsche, que superabundan, se inclinan á creer que éste no tuvo noticias de la obra de Max Stirner, sin dejar por ello de encontrar gran afinidad entre ambos pensadores.

Por mi parte, me inclino á no ver en ello más que una afinidad no muy evidente ; por lo menos, aunque no podemos negarla, no tenemos derecho á llamar á Nietzsche discípulo de Max Stirner. Sólo en la parte negativa de la obra de ambos pensadores es posible hallar algunos elementos comunes ; pero podemos tener la seguridad de que la concepción del super - hombre hubiera hecho morir de risa al autor de « El Unico y su Propiedad ».

La ética super - individualista de la metafísica alemana tiene una significación histórica que debemos considerar para inferir que los filósofos, aun los más geniales, no consiguen desvincularse de las sugestiones del ambiente intelectual en que se ha desarrollado su espíritu.

Ello es evidente si se estudian las condiciones políticas y sociales de la época que precede á la Revolución Francesa.

Harto sabemos que se caracteriza esa época por una exa-

gerada intromisión del Estado en la vida privada, tan exagerada que su acción resultaba reguladora en demasía, rayana en inhibitoria. No se limitaba á reglamentar discretamente la conducta del individuo frente á la sociedad; iba más lejos aún: reglamentaba el íntimo pensar y sentir del individuo.

Esta hiperbólica inmixtión del poder social se justificaba en nombre de puras entidades abstractas, que Max Stirner, entre otros, se encargará de demoler, calificando de poseídos á los que las aceptaban como artículos de fe.

Por otra parte, la metafísica social de Rousseau había fomentado el espíritu individualista. La pobreza científica de los estudios sociales de aquella época, explica el gran incremento conquistado por la fantástica teoría del contrato social, teoría que sostiene el individualismo originario del hombre, legítimo individualismo que el estado teocrático había aniquilado mediante la invocación de fantasmas metafísicos, como los llamará Max Stirner.

El mismo Kant, una de las tantas víctimas de aquellas ideologías, imaginará su teoría formal del derecho, en la que se establece una separación artificial entre las normas morales y las jurídicas, procurando, por tanto, limitar la jurisdicción del Estado.

Max Stirner, de cuyas verdaderas relaciones con Nietzsche nos ocuparemos al discutir el carácter metafísico é ingénuo del amoralismo, con su hábil dialéctica elevará al individualismo incipiente á la suprema potencia, de muy otra manera que Zaratustra. Por el momento, solo cabe asegurar que entrambos están contestes en sostener que las entidades metafísicas, tales como Dios, el noumeno, el imperativo categórico, la verdad, la ley, etc., no pasan de ser fantasmas de nuestra imaginación. Más adelante veremos que á esta lista de fantasmas será necesario agregar la Voluntad de Potencia y el Unico. Por ahora conviene poner á Kant frente á Nietzsche, para evidenciar la tendencia anti - intelectualista de este último.

La obra de Nietzsche es la apoteósis de las tendencias orgánicas de la naturaleza humana, que según él, han sido en-

vilecidas por la moral, especialmente por la moral cristiana. Los instintos, causas esenciales de la impureza de los motivos de la voluntad, repudiados por Kant, serán glorificados por Zaratustra. ¿Quién de los dos ha estado más cerca de la verdad? Lo veremos estudiando la contribución de Kant al amoralismo contemporáneo. Esta tésis ha sido insinuada por Fouillée, talvez incurriendo en una ligera exageración al determinar la influencia que pudo tener Kant en la formación del pensamiento filosófico de Nietzsche, exageración perfectamente disculpable si se tiene en cuenta que suele ser un sistema fecundo en conjeturas el de echarse á inquirir la genealogía de las ideas de un pensador.

Al decir de Fouillée, los dos corifeos del amoralismo contemporáneo, Max Stirner y Nietzsche, han llegado á la suprema negación de la moral en virtud de las hipérboles intelectualistas consignadas en la «Crítica de la Razón Práctica». Se diría que ambos pensadores han encarado la conducta humana con el criterio de Kant, criterio que excluye la posibilidad de fundamentar la moral sobre lo empírico.

«Es de la mayor importancia, dice Kant, no olvidar que sería absurdo querer derivar la realidad de este principio (se refiere al del deber) *de la constitución particular de la naturaleza humana.* En efecto, el deber debe ser una necesidad de obrar absolutamente práctica; debe, por lo tanto, tener el mismo valor para todos los seres racionales, (á quienes puede aplicarse en general un imperativo), y solo *bajo este título* puede ser también una ley para toda voluntad humana. Todo lo que deriva, por el contrario, de las disposiciones particulares de la naturaleza humana, de ciertos sentimientos é inclinaciones, y aun, si es posible, de una dirección particular que sería propia de la razón humana, y que necesariamente no tendría el mismo valor para la voluntad de todo ser racional, bien puede suministrarnos una máxima, un principio subjetivo, según el cual tendríamos inclinación á obrar de un modo determinado, pero no un principio objetivo, según el cual seríamos *compelidos* á verificar cierta acción, aun cuando nuestras inclinaciones, afectos y disposiciones se opusieran. Tal es la sublimidad, la dignidad del mandato contenido en

el deber, que es tanto mayor cuanto menos auxilio encuentra en los móviles subjetivos, ó halla en ellos más obstáculos, porque estos obstáculos no debilitan en nada la necesidad por la ley impuesta ni quita á su valor lo más mínimo». (1)

De manera, pues, que el instinto, al decir de Kant, solo puede fundar la inmoralidad; jamás la moral. El acto será tanto más moral cuanto más despojado se halle de elemento emocional. Lo que él llama la pureza del motivo decide la moralidad del acto. Es inconcebible, para Kant, que una voluntad empíricamente condicionada pueda generar actos morales.

« Lo esencial en el valor de las acciones es que la *ley moral determine inmediatamente á la voluntad.* Si la determinación de la voluntad se produce, á decir verdad, conformemente á la ley moral, pero sólo por medio de un sentimiento, de cualquier especie que fuere, que debe ser supuesto para que éste sea un principio de determinación suficiente de la voluntad, por consiguiente sino se produce solamente en virtud de la ley, en la acción habrá legalidad, *más no moralidad*». (2) Estas palabras de Kant colmarian de grima á Nietzsche; pero su irritación no conocería límites al leer en cierta parte de la « Doctrina de la virtud » que « la moralidad es el triunfo de la voluntad sobre la naturaleza ». Con razón ha dicho Nietzsche que la moral es contra natura!

La autonomía de la voluntad es el principio supremo de la mroalidad. — ¡ Palabras! — exclamaría Nietzsche; — Cualquiera que no tenga sangre de teólogo, que no sea un turiferario del nihilismo, un abogado de la nada, diría que no hay tal autonomía: el instinto es el alma de la voluntad, y la dignidad de la voluntad está precisamente en el instinto que la mueve!

« El moralismo de Kant, dice Fouillée, tiene por postulado y presuposición el amoralismo natural de la sensibilidad y de la voluntad, al cual él yuxtapone la ley de la razón pura

---

(1) *Fundamentos de la Metafísica de las Costumbres.*
(2) " " " " "

como totalmente diferente y constituyendo un mundo superior al de la experiencia. Los que, admitiendo esta antitésis absoluta, han repudiado el primer término, es decir, la ley moral subsistiendo por sí misma, debían llegar lógicamente á la negación de la moralidad ». (3)

Para demostrar la influencia de Kant en la formación del sistema amoralista no tengo necesidad de hacer una exposición prolija del sistema ético consignado en la « Crítica de la Razón Práctica » y en el « Fundamento de la Metafísica de las Costumbres ». Me limitaré simplemente á poner de relieve la esencia y fundamento de la moral de Kant, la imposibilidad del imperativo categórico como exclusivo mandato de la razón, que se exterioriza con prescindencia absoluta de la sensibilidad, y, por último, me he de ocupar en especial manera de la Teología Moral, pues ésta, más que ninguna otra parte de la concepción de Kant, permite evidenciar su inconcuso carácter arbitrario y quimérico. Demostraremos, además, que tanto Kant como los cultores de la escuela amoralista se equivocan al afirmar que la constatación científica del egoísmo y del hedonismo psicológico conduce necesariamente al triunfo del amoralismo, ya sea en el terreno de la práctica como en el del ideal normativo.

« El concepto de la libertad, dice Kant, es la piedra del escándalo de todos los empíricos, pero también la clave de los principios prácticos más sublimes para los moralistas *críticos,* que comprenden por eso la necesidad de proceder racionalmente ». Y más adelante agrega: « Conocimiento racional y conocimiento *á priori* son idénticos ». Esto basta para demostrar que el concepto que de lo racional tenía Kant difería con mucho del que tuvieron los filósofos griegos. Notorio es que éstos han creído que fundar la moral en la naturaleza equivalía á proceder racionalmente.

Fouillée, indicando los caracteres de la moral antigua, dice: «La moralidad antigua no es sobrenatural; consiste en

(3) *Le Moralisme de Kant.*

la conformidad con la verdadera naturaleza: es su primer carácter.

Obedecer á la naturaleza, para el hombre, es obedecer á la sociedad humana, dado que ello es también un producto de la naturaleza. Si el sabio alcanza alguna vez á desvincularse de la obediencia á la sociedad, ello se debe á que la sociedad donde él vive, no exprimiendo suficientemente la verdadera naturaleza, ofrece elementos antinaturales» (4).

De manera, pués, que los moralistas griegos, esos síntomas de decadencia helénica, al decir de Nietzsche, identificaron á la razón con la naturaleza. Pensaron en una moral normativa ideal, porque los ideales son las verdaderas realidades. Para ellos, vivir idealmente equivalía á vivir racionalmente, *naturalmente.* Para probar esta afirmación no hay más que recordar la ecuación socrática: razón=virtud=felicidad. Semejante intelectualismo indigna á Nietzsche, pues exclama: «La más extravagante de todas las ecuaciones y contraria en particular á todos los instintos de los antiguos helenos» (5). Como se vé, invocando entrambos á la naturaleza, llegaban á conclusiones diametralmente opuestas. Los griegos la invocaban para inculcar la superioridad del bien objetivo sobre el subjetivo; Nietzsche, en cambio, fundamenta en la naturaleza el mas hiperbólico subjetivismo ético.

Por su parte, Kant se cuidó bien de invocar, como los griegos, á la naturaleza para decantar la superioridad del bien objetivo. Sólo en las puras fuentes del apriorismo racional hallaremos el bien objetivo, virgen de todo elemento empírico.

La ética cristiana, centón de normas morales que existían con prioridad al cristianismo, pretendió hallar su justificación en la voluntad divina: trocó, salvo algunos detalles, en sobre natural á la moral griega, no sin darle antes un eminente cariz ascético. Kant, despojándola de su aparato supraterrestre, dará á la moral cristiana un carácter pretendidamente

---

(4) *Le Moralisme de Kant.*

(5) *El Crepúsculo de los Idolos.*

formal. Era menester inculcar al cristianismo algunas gotas de metafísica tudesca: Kant se encargó de ello.

En todo lo que venimos diciendo hay tres hechos que merecen señalarse; primero: que los griegos acuden á la razón, intérprete de la naturaleza, para justificar á la sociedad y, por ende, á la moral. Nietzsche, en cambio, declarará antinaturales á las sociedades y, por tanto, á la moral social. Segundo: Kant, desdeñando á la naturaleza, funda sobre la razón el bien objetivo, mientras, según hemos visto, los griegos sustentaron el mismo principio por medio de la razón que penetra los secretos de la naturaleza. Y, por último, tanto en la moral griega como en la de Kant, la idea fundamental, la esencia es la *sociabilidad*, que los griegos justificaron por la naturaleza, los cristianos por Dios y Kant por la razón. Como se vé, hay un rasgo común y fundamental en las tres tendencias: el carácter objetivo de sus principios.

Bastaria, pués, con escogitar la esencia común de los tres sistemas éticos mentados para demostrar cuán verdadero es aquello de que en materia de moral no caben invenciones.

El pretendido racionalismo ético de Kant nos sugiere la idea de transcribir un profundo aforismo de uno de sus contrincantes, que, por cierto, cae pintiparado. «Todas las cosas que viven mucho, dice Nietzsche, se van empapando poco á poco de razón, de tal suerte, que parece inverosímil que tengan su origen en la sin razón. ¿No cree el sentimiento ver una paradoja ó una blasfemia cada vez que se le muestra la historia exacta de un origen? Un buen historiador, ¿no está continuamente en contradicción con el medio que le rodea?» (6).

Kant vió la esencia de su sistema en el imperativo categórico que, según él, tiene un valor objetivo, en tanto que los imperativos hipotéticos sólo tienen un valor subjetivo, no pudiendo ser, por lo tanto, legítimos generadores de moralidad.

El carácter objetivo de su moral lo revela la ley fundamental de la razón pura práctica, formulada prescindiendo en absoluto de las percepciones empíricas, puesto que se trataría

---

(6) *Aurora.*

de un juicio sintético *a priori*. Efectivamente, la ley moral dice: «Obra de tal manera que la máxima de tu voluntad pueda siempre ser erigida en ley universal». ¿Porqué la máxima de la voluntad se ha de convertir en ley para que el acto tenga valor moral? ¿Porqué la ley ha de ser un juicio sintético *a priori*? Kant, en lo tocante á la primera pregunta, nada dijo categóricamente, pero es de presumir que ese criterio queda justificado por la necesidad de vivir en sociedad. Sólo ésta puede justificar la transformación de la máxima subjetiva en ley objetiva. Así se explica que este objetivismo ético haya provocado las violentas arremetidas de Zaratustra, puesto que su espíritu gregario constituye una rémora para el individualismo de los amoralistas.

Queda la otra pregunta: ¿La ley moral es realmente un juicio *sintético a priori*? ¿En la concepción de esa ley, el análisis psicológico no nos revelaría algún elemento proporcionado por la experiencia? Hay razones para afirmar, por lo que se deduce de lo anteriormente visto, que el pretendido formalismo ético de Kant está lleno, si vale la expresión, de máculas empíricas. Evidentemente, algún objeto debió proponerse al formular su ley moral; y el hecho de proponerse un objeto al formularla, acusaría filiación empírica. ¿O es que la ley moral se impone á la razón, como pretende Kant, con la evidencia y fatalidad de un axioma? Fuera aventurado afirmarlo; en primer término, porque no estamos seguros de que las verdades matemáticas no tengan un origen empírico; y, en segunda, porque el criterio de que nos valemos para erigir la máxima de la voluntad subjetiva en ley universal objetiva es un producto de la experiencia. Para probarlo, no hay sino ver los ejemplares que el mismo Kant alega para clarificar ante la mente del lector su teoría (7). Podemos, pués, asegurar que el dilema es este: ó la ley moral es injustificable, ó lo es bajo el solo punto de vista empírico. Claro está que discutir el pretendido carácter apriorístico de la ley moral no equivale á discutir su valor. Tal como la concibiera

---

(7) *Fundamentos de la Metafísica de las Costumbres.*

Kant, semejante ley no se hallará exenta de vulnerabilidad; pero no por ello deja de ser una concepción genial.

Dada la índole de mi asunto, lo que me preocupa no sería precisamente el valor de la ley sino su realizacion en las condiciones requeridas insistentemente por Kant.

Ante todo, cabe preguntarse: ¿porqué un principio subjetivo no pudiera ser el resorte de la moralidad? ¿porqué se empeña Kant en prescindir de todo elemento sensible en el determinismo del acto moral?. Y, lo que es mas importante aún, ¿es posible la autonomía de la voluntad? Contestar con un no á estas preguntas equivaldría á negar la moralidad, á demostrar la esencial inmoralidad de la naturaleza humana. Pero no hay para qué desolarse. Sería muy fácil demostrar que el criterio de Kant es arbitrario. Se desvela por prescindir de toda condïción afectiva en la obligación moral, pues vé en ella el pecado original que mancha los sistemas éticos imaginados por todos sus antecesores.

Conviene, en primer lugar, demostrar cómo una voluntad independiente de condiciones empíricas es inconcebible, y cómo, por otra parte, la libertad y la ley práctica no se implican recíprocamente.

La «Crítica de la Razón Práctica» y «El fundamento de la metafísica de las costumbres» constituyen dos de las tantas proezas del intelectualismo. De ahí su carácter autonómico y estéril.

Para que semejante moral trascienda del libro á la realidad es menester que se convierta en heteronómica, es decir, el imperativo categórico debe contar con la afectividad, con algo de empírico que mueva á la voluntad; pero si esta contara con resortes de índole empírica el acto sería inmoral, puesto que el valor moral de las acciones, repite Kant hasta el cansancio, depende de la pureza del motivo, entendiendo por tal cosa una idea huérfana de afectividad. Despojemos al imperativo categórico de toda tonalidad afectiva y quedará reducido á un glacial y descolorido elemento intelectual, exento de eficacia dinámica. Claro está que fuera superfluo poner de relieve el carácter calculador é intelectualista de la moral del imperativo categórico.

En multitud de espíritus, el imperativo categórico existe y tiene influjo en la conducta, precisamente en virtud de la afectividad que le acompaña. La eficacia del imperativo así entendido, se explica merced á las condiciones psicogénicas y á las sugestiones de un ambiente ético cristiano! Surge en la conciencia, no ya cual mandato de la razon, en forma autonómica, sino á manera de inclinacion natural. Y precisamente el fin de la educacion ética está en convertir el imperativo categórico en inclinación. A Kant se le ocurriría que semejante imperativo no pasa de ser hipotético, puesto que hay en la voluntad un principio subjetivo, la inclinación, importando por lo tanto, la negación del legítimo imperativo categórico. En realidad, diría Kant, más que moral, estamos haciendo antropología moral. La perfecta moralidad sólo la alcanzaremos cuando la voz del deber no coincida con la inclinación. Esta, cuando se realiza tal coincidencia, sólo nos lleva á la legalidad.

Preguntemos á Kant: ¿Es posible poder librarse de las inclinaciones para obedecer puramente á los mandatos de la razón? ¿El mismo deber no sería, acaso, una inclinación, y la conciencia de la libertad de la voluntad no pudiera ser un motivo? El triunfo de la ley moral, en su más pura forma, excluye, por ventura, el determinismo psicológico?

Kant, á mi manera de ver, no ha clarificado mucho su concepto del deber. Es de presumir que á estas preguntas hubiera contestado: No me preocupa la posibilidad de ver realizada mi moral. Sólo sostengo que su base es la conciencia de la libertad de la voluntad. Se impone el imperativo categórico limpio de todo móvil impuro. Efectivamente: «Un observador de sangre fría, dice Kant, que no desee hacer el bien por sí mismo, puede, sin ser enemigo de la virtud, dudar en ciertos casos (sobre todo si la experiencia y la observación han ejercitado y fortificado su juicio por espacio de largos años) que exista realmente en el mundo una verdadera virtud, y siendo esto así, sólo una cosa puede salvar nuestras ideas del deber de una completa ruina y sustentar en el alma el respeto que debemos á esta ley, que es estar plenamente convencidos de que, aunque no hubiese habido nun-

ca una acción derivada de esta fuente pura, aquí no se trata de lo que tiene ó no lugar, de lo que es ó no es, sino de lo que debe ser ó de lo que la razón ordena por sí misma y con independencia de las circunstancias; que la razón prescribe inflexiblemente acciones de aquellas á que al mundo no ha dado ningún ejemplo, y cuya posibilidad puede ser dudosa para el que lo refiere todo á la experiencia, y que, por ejemplo, aun cuando hasta aquí no hubiera habido un amigo sincero, no seria la sinceridad en la amistad menos obligatoria para todos los hombres, pues este deber, como deber en general, reside con anterioridad á toda experiencia en la idea de una razón que determina la voluntad por principios *a priori.* » (8).

Esto basta y sobra para demostrar que la moral formal no fué hecha para esta humanidad. Es intelectualista en demasía, es infecunda porque no arraiga en la afectividad, resorte de la vida y de la historia. Y tanto más inexplicable resulta esta concepción mientras Kant persista en calificar de inmorales á las inclinaciones, aún cuando generen actos que el sentido común no vacilaría en calificar de morales. Y es de advertir que Kant no desprecia el sentido común cuando está en armonía con su tésis.

Para nosotros, la inclinación, estado de conciencia compuesto de elementos sensitivos, volitivos é intelectivos, es la causa de los actos que significan triunfo unas veces, fracaso otras de la ley moral. La inclinación no produce necesariamente la inmoralidad ni la moralidad; pero puede generar la moralidad, puede el deber kantiano ser el producto de la inclinación. La psicología no puede sino constatar la fatal heteronomia de la voluntad, siendo arbitrario deducir de este hecho el amoralismo.

Ahora bien: supongamos hallarnos contemplando una sociedad donde todos los hombres, sin excepción, son sociables y morales por pura y exclusiva inclinación. Allí todo el mundo cumple su deber sin lamentarlo; antes, al contrario, importaría para aquellas almas de Dios un dolor moral el in-

---

(8) *Fundamentos de la Metafísica de las Costumbres.*

cumplimiento del deber. Pués bien: llamemos á Kant para mostrarle aquel prodigio, aquella sociedad perfecta, producto de la afectividad, única fuerza que hizo posible el triunfo de la ley moral que él forjara; ¿nos figuraremos que Kant la contemplaría arrobado? De ninguna manera. Nada mas inmoral! exclamaría. ¿Porqué? Porque los motivos que determinan los actos de aquellas personas no son puros: entra la inclinación. Aquella moral es heteronómica, puesto que sienten placer siendo buenos. La moral,—insiste dogmáticamente Kant,—tiene que ser autonómica. Es la única digna de tal nombre.

Una sociedad perfectamente moral para el sentido común,—que Kant no desdeña,—es inmoral! A esta singular paradoja había de conducirnos su criterio puramente formal. Esto basta y sobra para demostrar que el formalismo ético no es digno de este mundo inmundo.—Y en esta indignidad reside su mayor gloria!—exclamaría Nietzsche.

Con el mismo autor, diríamos continuando la «Critica de la Razón Práctica» debiera llevar como aditamento: «Arte de aherrojar á los instintos humanos para fomentar el espíritu acarnerado». Esa moral negadora del instinto es la concepción mas inmoral que haya brotado jamás de un alma de tarántula!

Sin que ello implique participar de las indignaciones de Nietzsche, por mi parte, diré que el horror que Kant profesa á los instintos, á las inclinaciones, su insistencia en la quimérica pureza del motivo sólo pueden explicarse suponiendo que hubo aceptado al pie de la letra el célebre aforismo de Hobbes: «Homo homini lupus». Debió tener un concepto altamente pesimista de la naturaleza humana. Tenemos derecho á ver en ello algo mas que una conjetura. La prueba evidente está en que sostuvo que la única moral concebible debía estar por encima de toda Antropología Moral. La Psicología Ética jamás podrá fundamentar una moral como pretendía Spencer, cuya obra, más que «Fundamento de la Moral», debiera llamarse, como de seguro la llamaría Kant, «Antropología Moral».

La verdadera perfección moral solo se alcanzaría si fuera

posible contar con la neutralidad de la sensibilidad; de lo contrario, kantianamente hablando, quedarían justificadas estas palabras de Nietzsche: «La sumisión á las leyes de la moral puede ser provocada por el instinto de exclavitud ó por la vanidad, por el egoismo ó la resignación, por el fanatismo ó la irreflexión. Puede ser un acto de desesperación ó la sumisión á la autoridad de un soberano; *en si no tiene nada de moral.*» Se diría que acaba de hablar Kant, se diría que su místico horror á los instintos, su amor al formalismo ético le fué inspirado por esas palabras de Nietzsche.

Y, por otra parte, volviendo á Spencer, ¿qué ha hecho con su «Fundamento de la Moral» sino demostrar el porqué del fracaso de toda moral absoluta? Fundándonos en lo mentado, ¿es permitido columbrar en Kant y en Spencer conatos de amoralismo? ¿Y estos conatos caricaturizados no producirán la doctrina de Nietzsche? Ello es evidente tratándose de Kant. Su quimérico formalismo ético implica esta grave afirmación: *el hombre es orgánicamente inmoral.*

Pero cabe preguntarse: la imposibilidad de llevar al terreno de la efectividad una moral absoluta, ¿constituye acaso, un sólido argumento que alegar en pro del amoralismo, sobre todo, no ya del amoralismo subjetivo que se desprende de la ética formal de Kant, sino del amoralismo propiamente dicho, es decir, social? Y aún cuando la conducta humana de todas las épocas presentara caracteres de evidente amoralidad, ¿fuera lógico erigir al individualismo amoralista en ética ideal? A lo menos, esta es la inclinación que domina á Zaratustra y á su ingenua cáfila de turiferarios; pero ya sabemos cuán arbitrario y dogmático es el criterio de Kant y Nietzsche. Sin embargo, no está demás mentar ligeramente algunas razones aducidas para justificar científicamente al individualismo amoralista.

(Concluirá).

CORIOLANO ALBERINI.

SONETOS

AL MIRAR ESTE CUADRO

Al mirar este cuadro, este sutil paisaje
Mi alma medita y sueña. Hay un poco de bruma
Entre los negros árboles. El ambiente se ahuma
Y el crepúsculo emprende su taciturno viaje.

Aún brilla en el poniente polícromo celaje.
Hay un lago y un cisne que parece de espuma,
Y allá, en último término, una barca se esfuma
Como si acaso huyese del borroso paraje.

Cierro los ojos... Miro en mi cámara interna
Flotar el mismo cuadro, que un suave difumino
Traza al través de una niebla de lejanía.

Y me sorprende entonces la afinidad fraterna
De imprecisos paisajes que á veces imagino
Y los cuadros de ensueño que forja el alma mía.

CUANDO ABRÍ TU JOYERO

Cuando abrí tu joyero me inundó la fragancia
Que exhalaba la fina seda de tus pañuelos,
Y otra vez á mi lado, para calmar mis duelos,
Surgiste en la penumbra de mi desierta estancia.

Evoqué largamente nuestra florida infancia,
Mis rimas encendidas de eróticos anhelos,
Tus ojos en que ardía la fiebre de los celos
Y de tu amado cuerpo la plástica elegancia.

Fué nada más que un sueño. La sombra traicionera
Disipó de mi lado la visión hechicera.
Quedaron mis miradas en tu joyero fijas...

Y sólo un tenue rayo de la luna naciente
Hiriendo la vidriera, venía dulcemente
A quebrarse en las gemas de tus aúreas sortijas.

JUAN AYMERICH.

Córdoba.

PROSAS PARA MARGOT

PROSA PRIMERA

Sufría. Una tristeza infinita, un *spleen* incomprensible, algo así como una profunda y enfermiza melancolía, había ido, poco á poco, apoderándose de mi espíritu. Muertos mis padres y solo en el mundo, nada encontraba con que llenar el vacío que aquellos dejaron en mi corazón. Sentía la nostalgia del amor y lo buscaba. Pero en vano. Todas las mujeres que veía me eran ridículas. La edad de los sentimentalismos habiase alejado de mí con los veinte años y no deseaba miradas melancólicas, ni relaciones con flores secas. Anhelaba algo más positivo, algo que me hiciera sentir con más intensidad y huía lejos, muy lejos de esas niñas insensibles que sólo buscan un esposo que las proteja. Además las jóvenes, las ingénuas y las vírgenes no me seducían. Esas mejillas sonrosadas, esas frentes puras y blancas como un sudario de nieve, con formas impúberes, y esos senos apenas nacientes, producíanme una profunda desilución.

Mis noches de insomnio no eran visitadas por hieráticas visiones místicas. El ideal que yo me había forjado era el de una mujer toda nervios, toda sensualidad, que sólo viviera por el placer y para el placer. Deliraba con una nueva Agripina y sólo comprendía el amor en brazos de una erotomaniática.

Pero todo era inútil. Pasaban los días y la mujer soñada no aparecía. Mi tristeza iba en aumento y sólo hallaba un pasajero consuelo en la lectura. Los amigos fueron alejándose de mi lado, como de un ser aburrido y despreciable, hasta el extremo de que sólo me quedaron mis libros y mis

ensueños. Entonces recordé á Barbey d'Aurevilly. Sus « Diabólicas » habíanme entusiasmado desde hacía mucho tiempo y casi estoy por creer que, el estudio de esos caracteres, refinadamente complicados, había influído, no poco, en la concepción de mi ideal amoroso.

Cuando el hombre está triste, los libros, si es que sabe amarlos, le distraen. El que no crée en ellos, ó el que no sabe comprenderlos, acude á los licores y se embriaga. A mi ver son los dos únicos medios que existen. En cuanto al fin, siempre es el mismo; colocarse en un estado de semiinconciencia. Unos lo consiguen bebiendo alcohol, otros bebiendo ideas. Yo me encontraba en este último caso. Bebía y me embriagaba de ideas.

*
* *

Una tarde, contra mi costumbre, salí á paseo. Largo tiempo hacía que me hallaba aislado y lo hermoso de un cielo sin nubes hízome pensar en lo agradable que es vagabundear por esas calles de Dios, llevando por único compañero el pensamiento.

Y salí.

Era Domingo y por la Avenida Alvear trotaban hacia Palermo lujosos troncos arrastrando no menos lujosos equipajes. En éstos, cómodamente arrellenadas, veíanse encantadoras señoritas envueltas en fastuosos atavíos que como una visión cromática, pasaban ante mis ojos. El rumor incesante de los transeuntes y la algazara de sus conversaciones fué poco á poco entusiasmando mi espíritu y haciendo que cuanto me rodeaba lo viera bajo un prisma más optimista que de costumbre.

El sol, cuyos últimos rayos doraba el polvo levantado por el continuo desfile de los carruajes, desaparecía tras los árboles de la Recoleta al mismo tiempo que auroleaba sus contornos con una sutil y delicada linea de luz.

Yo, entretanto, caminaba. Mis ojos paseábanse desde la vereda á los carruajes y desde éstos á los balcones.

De pronto noté que una mano se posaba sobre mi hombro.

Díme vuelta, y cual no sería mi sorpresa al encontrarme con Carlos, mi amigo íntimo, á quien hacía largos meses que no veía.

—¿Qué haces?... me preguntó fijando en los míos sus obscuros y brillantes ojos de enamorado.

—Ya lo ves; paseo, miro y me aburro.

En ese momento llegábamos á la boca-calle de Callao, donde nos detuvimos un instante. Carlos levantó la vista hacia los balcones de un palacete que se alzaba frente á nosotros y saludó... Yo, inconscientemente, seguí aquella mirada y ví... ¿Pero, á qué decir lo que ví, si tú, Margot inolvidable lo sabes mejor que yo?...

***

El sol había concluído por ocultarse y el crepúsculo iba poco á poco cayendo silenciosamente sobre la ancha y lujosa avenida. Los carruajes tornaban de nuevo á desfilar ante mis ojos, pero ahora lo hacían con más velocidad que antes y como si un viento desconocido los impeliese hacia el corazón de la ciudad. Carlos entretanto me hablaba. A una pregunta mía habíame contestado que sí, que la conocía y dulcificando en lo posible los acontecimientos, relatábame páginas un tanto escabrosas de la vida íntima de aquella mujer.

—¿Quieres conocerla?... preguntóme de pronto interrumpiendo su larga peroración.

—Bueno,—contesté, y mis ojos dirigiéronse hacia el balcón en cuyo alfeizar apoyabas tus brazos y sobre éstos tu seno escultural.

Poco después á pasos lentos y un tanto ensordecidos por el incesante ir y venir de los carruajes, marchábamos calle arriba, no sin antes haber dirigido una última y larga mirada al balcón desde donde tú, encantadora Margot, nos sonreías con una misteriosa y enigmática sonrisa.

Entretanto el crepúsculo, más misterioso todavia que aquella sonrisa, seguía cayendo silenciosamente sobre el ancho y lujoso boulevard.

José Pardo.

CANTO Á MARIA

I

Me cerraban el paso, me impedían
que llegara hasta tí. Sus anatemas
vienen como lebreles azuzados
tras mi conciencia.
Mil saetas de sombra
ha disparado contra mí, la aviesa,
la hipócrita, la sórdida
turba de tus eunucos, mil saetas:
temor de Dios, respeto á los altares,
misterios de la fé; ritos, creencias,
póstumos juicios de las almas, leyes
que dicen son tu ley, y, por fin, ¡penas....!
¡horrorosos castigos
de tus manos severas....
y yo sé que tus manos
no se crispan sangrientas:
¡Manos, mórbida cuna de perdones!
¡Manos francas de amor, manos abiertas!

De mis ropas de fé, que han desgarrado,
te traigo los andrajos; de las hueras
cavernas de mis ojos, que han herido
con mentiras candentes, las sinceras
lágrimas.

Y me arranco del oído
puñados de clamores y blasfemias
que constelaron mi sendero, y una
á una las saetas
de sombra, que de sombra
constelan mi conciencia.

Son andrajos, y llanto, y maldiciones:
¡esa es mi ofrenda!
Cubierto en sangre de prejuicios muertos
á estocadas de ideas,
te la arrojo en un broche de visiones,
y me parece bella,
y me parece buena,
y me parece tierna,
y me parece inmensa!
desbordada de mi alma hasta tus manos,
manos francas de amor, manos abiertas.

La ví, á tus pies rendida,
de tus eunucos la cohorte negra:
un monorrimo vácuo entre los labios
y entre los dedos piedras;
entre los surcos de las frentes de unos
dudas, dudas y dudas; en las tersas
frentes de los demás, solo apatía,
tinieblas y tinieblas.
Te ignoran y se rinden, y al purísimo
vaso de gloria de tu busto, cuelgan
ropajes desusados
é impenetrables vestiduras luengas.
Te ignoran y se rinden, y el misterio
infinito y caudal de tu cabeza
no bate alas humanas
bajo el grillo de fuego en que la cercan.
No saben, no comprenden

como eres bella;
yo te quiero desnuda,
libre y flotante llama de ébano en la cabeza,
y te arranco del ara, entre la grita
de muchedumbre estulta que bravea,
y grito ¡Madre! ¡Madre!
y basta, ya eres virgen, ya eres reina!

II

Venga el tu reino á mí. Yo sé tu espíritu
y penetro tu esencia,
como sé que Julieta en siendo madre
sería tu alma gemela.
Tu eterna voz de ayer y de mañana,—
por boca fresca
por boca nueva
de otra Julieta,—
me ha dicho amor, me ha hablado del mañana,—
viene tu reino á mí,—me ha dicho «Espera».
Y tú me has prometido
todo tu amor y toda tu belleza,
me has jurado hacinar en nuestras almas
siclos de primaveras,
me has ofrecido conjunción de espasmos
como una eterna
cabalgata de estíos, sagitarios
persiguiendo bacantes en la selva,
y tu voz me repite, –
siempre por esa boca fresca y nueva,—
que nuestro amor ha de engendrar un hijo
y que nuestro hijo ha de iniciar una era!

¡Que alta será su nueva cruz, y cuantas
memorables auroras
besarán su cabeza!

También tendrá los brazos extendidos
sobre pueblos y razas y creencias
y las cuatro estaciones
en vigilia á su vera.
¡SEA!
Hasta que nazca, y muera, y resucite:
Jerusalem lo esperará despierta!

III

Ya he besado tus manos
sin doblar la cabeza.
En el oro de un sueño que me has dado,
como un exvoto, engarzo este poema;
cubierto en sangre de prejuicios muertos
á estocadas de ideas,
he venido á dejarlo entre tus manos
manos francas de amor, manos abiertas!

PABLO DELLA COSTA (HIJO).

LETRAS ESPAÑOLAS

"La casa de la primavera" por G. Martínez Sierra

Este libro de Gregorio Martínez Sierra, sintetiza la evolución iniciada en España. Los literatos españoles desean otra vez ser españoles y vivir de sus propias fuentes. Después de la invasión extranjera, algo tardía, después del contagio inevitable de la inquietud modernista, los poetas tratan de recuperar su nativa originalidad. Pero, no exagerar con los presuntos discípulos de Verlaine, tampoco implica retornar á la grandielocuencia melodramática. Rubén Darío ha enseñado la sencillez y los cantores actuales se muestran tan excesivos en el amor á la simplicidad como antes desmesurados en la pompa retórica. No importa. El justo medio vendrá por sí mismo y esa tentativa determinará en la cálida península un nuevo sentido de poesía.

El libro de Martínez Sierra es un ejemplo de esa sencillez. La humildad no tiene en sus páginas un aspecto demasiado artificioso y esa paz que fluye de sus canciones es auténtica. Sin embargo, es visible el esfuerzo en no transigir con el antiguo sistema y se ve que el rumbo elegido por los poetas de ahora requiere todavía arduos empeños antes de llegar á familiarizarse con ellos. Lo esencial de la innovación no reside en la técnica. La evolución se opera en los espíritus y ello puede también comprobarse en el libro de Martínez Sierra. Regresados todos de los países de bruma hacia donde

peregrinaron en caravanas silenciosas, seducidos por músicos raros, vuelven ahora al sol castellano y loan en versos jocundos sus beneficios.

Porque he nacido en tierra de Castilla,
Donde tú eres el único ornamento,
Llevo embriagado todo el pensamiento
Por tu filtro de Luz. . . . . .

Y de los que loan el sol, es Martínez Sierra uno de los más gallardos. Poeta por temperamento, la forma rimada cohibe más bien su don natural, que en la prosa se espande orgullosamente y da lugar á veces á verdaderos hallazgos. Así, en un templo, se recitaría con preferencia para honrar al padre del día, ciertos fragmentos de su *Aventura*. Mas, en prosa ó en verso, Martínez Sierra es poeta. Ciertamente no lo es según aquellos para quienes lo poético se desenvuelve en desmayos, invoca con gestos agrios el auxilio de la muerte y necesita para el teatro de sus suspiros la fronda clásica, decorada de luna. Poesía humilde es la suya. En su casa, la primavera ha plantado un jardín y por sus senderos aromados va diciendo un nombre, que incrusta en cada canto para realzar con su fuerza la emoción que tiñe cielo y prados en la misma color de gracia. Son «Los romances del Hogar». El sol está siempre presente en ellos como un buen amigo. Por los vidrios penetra en las claras mañanas, se aprisiona en el gris mustio de las paredes y se desgrana en franjas polícromas en el aire y en el alma.

Nuestra casa es alegre
como un cascabel lleno
de música, y serena
como noche de enero.

En el blanco lino que envuelve la mesa se refleja como en un lago. En su blancura choca el iris de los cristales y ante esa magnificencia de luz, el corazón del poeta estalla en regocijo. Entonces las palabras salen de su boca como un rezo, como reza un pobre, con la misma unción profunda y simple, ante el pan moreno que le ha deparado la suerte en la vuelta insospechada del camino.

*
* *

Después de las aventuras filosóficas, los poetas de la España actual retornan á su pasado y, lejos de las peregrinaciones á los Falansterios, tratan de vivir vida interna y prefieren loar las cosas muertas á las cosas por venir. Esta tendencia tiene todas las desventajas de una reacción, tan extremada ahora como anteriormente. Ella no perdurará, pero de ella se obtendrá uno que otro poeta de fuerza. *Las ciudades románticas* muestran á Martínez Sierra en viaje ideal por las calles de los lugares remotos: Brujas, Toledo, Avila, Colonia, lugares sobre los cuales el cielo parece una telaraña extendida sobre un objeto agobiado de vejez. Mas la evocación de los sitios vetustos, el paseo por lo antiguo, no es enfermizo en él. La muerte no le impresiona sino de un modo superficial y trás los versos melancólicos á la dama «en el amor doctora y en el decir estrella», vibra el alma llena de sol, de vida plena y activa. Es esta la característica del autor. Sin advertirlo pomposamente, á la manera de Salvador Rueda, Martínez Sierra canta, en prosa y en verso, á la existencia robusta, á las mujeres hermosas, á los cielos y á las flores y su canción resuena, aturde y embriaga. Mejor aún sus prosas que sus versos. Sus cuentos y sus novelas denuncian la presencia de un cerebro sólido y un alto corazón. Su estilo es pletórico, vibrante de color y de música y su obra toda es un espectáculo de primavera.

ALBERTO GERCHUNOFF.

LETRAS CATALANAS

La poesía catalana: Juan Maragall.

En la literatura de las diversas regiones de España, tiene Cataluña uno de los primeros lugares. Fuerte como ninguna, más innovadora que todas, ofrece la particularidad de ser una perpétua adelantada al ambiente pesado que en las demás regiones puede notarse. Ha sido en Cataluña que primero se han conocido en España las literaturas del Norte europeo; en los teatros de Barcelona se han representado antes que en otra ciudad las obras de Ibsen y de Maeterlinck; de las prensas barcelonesas han salido traducciones de las más grandes obras modernas, cuando aún eran desconocidas en el resto de España.

Influencia quizás del espíritu comercial, emprendedor, andariego de los catalanes; lo cierto, empero, que en Cataluña las letras caminan, con un rápido andar, que mucho contrasta con la pacífica y mansa andadura de otras regiones.

Pese á tales ventajas, entretanto, la literatura catalana es casi completamente desconocida entre nosotros. Algunos nombres hizo conocer José León Pagano durante su provechoso viaje de estudio; Ruben Darío nos ha hablado de otros en sus correspondencias de la isla de oro; pero, á pesar de estos esfuerzos, continúase ignorando todo lo mucho y bueno que las letras catalanas guardan para el curioso que llegue á ellas con el afán de investigar y de observar.

Pocos conocen entre nosotros el nombre de Jacinto Verdaguer, el místico de los *Cants*, el homérida de *L'Atlántida*, ese poema colosal y formidable que basta para honrar é inmortalizar una literatura. Pocos saben de la existencia de Narciso Oller, el novelista de la clase media, pintor exacto y fiel de un momento del alma de su pueblo. A Rusiñol se

le conoce por las traducciones de Martínez Sierra; pero á Maragall, al poeta más hondo que España mantiene hoy, podemos confesar, con dolor del alma, que se le ignora por completo.

De Maragall, pues, quiero hablar en esta primera crónica, ya que á él, forzosamente, deberemos volver en cuanto procedamos á estudiar los poetas nuevos, los jóvenes poetas, mantenedores del gonfalón poético en cuyo escudo han inscripto la vieja divisa de los trovadores, *Patria, Fides, Amor,* encimada por otra que sintetiza el esfuerzo todo de esa pléyade luchadora y valiente: *Pro Catalonia nostra.*

De Maragall debemos partir para comprender más tarde á Alomar, que ya algunos pretenden erigir en jefe de una nueva cruzada poética, y á otros muchos que en la noble tierra de los Conselleres alzan su voz para cantar las maravillas de la naturaleza, los afanes del hombre, los impulsos de la pasión.

El distinguido crítico R. D. Perés afirma en un reciente estudio que la cualidad distintiva de Maragall «es una gran sensibilidad que le inclina á los afectos tiernos y apacibles, y hace que sus nervios vibren facilmente ante el espectáculo de la vida, que se le ha presentado fácil y con el encanto de una sonrisa feliz en los labios. Las mejores armas con que cuenta proceden del fondo clásico y del de la poesía popular catalana; las más endebles y discutibles, aunque parezca preferirlas él y causen, precisamente, todo el entusiasmo de algunos, son las de fondo romántico-modernista».

Perés crée que lo romántico es una influencia de los países del Norte europeo, sin tener en cuenta que el fondo del espíritu catalán es, en su esencia, excepcionalmente romántico y ensoñativo. Ese romanticismo, al chocar con los modernismos del día, produce un extraño cabrilleo que puede parecer falso á quien sólo tenga en cuenta las apariencias de las cosas.

«El espíritu de Maragall, — afirma el poeta Marquina, — es hondamente contemplativo». «Sus versos son claros y frescos, puros de fondo, limpios de forma, sencillos siempre; — continúa Martínez Sierra — y hablan del amor de las almas y de la belleza de las cosas.»

Altamira ha tejido una bella guirnalda de admiración para ese poeta que sabe extraer la esencia de las cosas para zahumar con ella el alma prosaica de nuestro tiempo.

El fondo romántico-modernista de que hablaba Perés como una influencia de las literaturas extranjeras que tan á fondo conoce Maragall, traductor de Hello, de Gœthe y de Novalis, no es, en última deducción, más que ese natural romanticismo del pueblo catalán, panteista como buen pueblo montañés, buscando en todo el secreto de la vida.

Su panteismo es investigador; busca en la naturaleza el sentimiento de honda comunión con todo lo creado. Por ello exclama en una de sus poesías

Tot semblava un mon en fló
i l'ánima n'era jó.

Es un poeta varonil, aún en aquellos momentos en que la pasión doblega la voluntad y debilita los músculos. Su amor, no se arrastra vulgarmente, con la desesperante lentitud de lo que carece de alas; vuela con vuelo triunfal, para decir á la amada:

De joies vull cobrir ta cabellera,
el teu coll el teu pit, braços i mans,
en memorie de totes les caricies
que vagi feut-te y t' hagi fet abans.

Com a pluja els joiells demunt tos membres
també com pluja 'ls besos meus d'amor:
dessota cada bes vull que s' encengui
com un astre una nova resplendor.

Un joiell cada bes, que resplendeixi,
nit serena, lo noble del teu cos;
pró després el gran jorn, després el die:
l'esposa seus joiells, tota á l'espós.

Su último libro, *Enllá*, firma una vez màs sus grandes cualidades descriptivas. Nadie como él para describir en pocos versos todo un cuadro de infinita extensión, quizás porque nadie como él sabe compenetrarse tan hondamente de las cosas.

Hé aquí unos pocos versos en que el poeta, al describir los Pirineos, se detiene en Lourdes y deja, indeleblemente esculpida, la visión de la blanca ciudad á donde acuden con sus llagas los romeros de un mundo enfermo.

An els teus peus, a ratlla de la plana,
Lourdes devota té molt bell el cel:
el sol hi daura la ramada humana
que bela amb un gran bel
davant la Verge blanca,
davant l'Iglesia freda;
i en mig del baf de les gentades terboles
s'alça l miracle y dolçament floreix
al vermellosos raigs del sol ponent....
....
Al vespre un riu de llumenetes grogues
passa á la fosca ressonant de veus.

También, para describir una marina, tiene síntesis de una realidad extraordinaria; hé aquí sus palabras, tan fáciles, tan sencillas.

Una á una, com verges a la dança
entren lliscant les barques en el mar;
s'obra la vela com un ala al sol,
i per camins que no més elles veuen
s' allunyen mar endintre....
Oh, cel blan! Oh mar blan, platja, deserta,
groga de sol! D'aprop el mar te canta,
mentres tu esperes el retorn magnific,
a sol ponent de la primera barca,
que sortirá del mar tota olorosa.

Quizás como ningún otro poeta mantiene Maragall la noble serenidad apolínea, esencia misma de los vates. No por eso se mantiene alejado de la cosa pública, pues como doctrinador del pueblo, en el alma de sus contemporáneos ha herido muy hondo la pluma del poeta convertido en periodista. De una campaña suya en pró de la moralidad administrativa y de la regeneración española, quedan todavía en la atmósfera en que su pueblo palpita nobles gérmenes vitales.

Por sus mismas condiciones de serenidad y dignidad tampoco puede ser pasajera, vana y esteril la obra de su cerebro.

Maestro de una pléyade juvenil, brava y entusiasta, Maragall es uno de los que más hacen en pró del tan decantado renacimiento espiritual de España. El orador que á la pequeña fiesta literaria de un pueblo perdido en la montaña llevó su concurso, pronunciando una magnífica alocución sobre la belleza, es algo más que un poeta, mucho más que un pensador: es un hombre de acción, que con voluntad y energía ha sabido emprender el camino de la vida, dando la única lección compatible con nuestro tiempo: la del ejemplo.

Este bosquejo sobre la personalidad literaria de Maragall no tiene otro objeto que el de abrir esta sección de «NOSOTROS» con el nombre del primero, honra á quien es debida, encauzando con su nombre glorioso una série de estos artículos sobre las obras más interesantes que nos puede ofrecer la actualidad catalana.

Maragall debía ser el primero; en él está comprendido el romanticismo ensoñativo del alma catalana, sus fuertes cualidades descriptivas, su amor patrio y su fé en el hombre, cualidades que hoy forman la característica de aquel pueblo fuerte y activo.

Para aquellos de mis lectores que no conociendo la lengua de Augias March protesten de las transcripciones en el original, sólo podré decir que si París vale una misa las obras de Maragall, Alomar, Rusiñol, Iglesias y Gener, para sólo citar los de hoy, bien merecen el esfuerzo de aprenderla. Y el que de ese esfuerzo no sea capaz será porque no le interesará conocer esas obras, en cuyo caso todo estará demás, lo criticante y lo criticado.

JUAN MAS Y PÍ.

LETRAS ARGENTINAS

"El país de la selva" por RICARDO ROJAS

Hasta la saciedad se ha escrito sobre la conveniencia que existe para todo país, de que, palmo á palmo, región por región, vayan sus hijos conquistándolo para las letras. Al nuestro, desde tal punto de vista, le ha cabido buena suerte. Aceptado es ya y general que Echeverría conquistó la pampa. Cierto es que la pampa de nuestro inmortal romántico, como observaba acertadamente hace ya algunos años un crítico, « no es tan *pampa* como yo quisiera »; pero no son los más quienes creen lo mismo, por lo que, en tren de concesiones, quiero admitir la mencionada conquista. Obligado y Leguizamón - en verso y prosa, respectivamente — han clavado sus estandartes victoriosos en esa riente tierra de Entre Ríos cuyo Paraná se ha vuelto el río proverbial del poeta de « El hogar paterno ». González ha unido para siempre su nombre á sus montañas, con aquella clásica obra de una arquitectura maciza como la de esas mismas montañas. Por allá Lugones se ha apoderado con *La guerra gaucha* de las mesetas salteñas y jujeñas, convirtiéndolas en materia de arte en su prosa ruda, abrupta, que bien condice con la épica lucha que « canta »; y Talero, en una emulación plausible, ha intentado últimamente dar carta de ciudadanía al Neuquén en la república de las letras...

Además, no nos olvidemos de Sarmiento.

Ahora un nuevo escritor ha aportado también su contribución á esta empresa gallarda de dar una expresión literaria

perdurable á cada rincón del suelo patrio. Es Ricardo Rojas, el ya conocido poeta de *La victoria del hombre:* lo que ha querido en su último libro, *El país de la selva,* es contarnos la vida de nuestros bosques mediterráneos.

La obra es audaz, pues empresas de índole semejante no admiten las victorias á medias; sin embargo, Rojas ha logrado realizar su propósito. Poeta vibrante, fogoso; hombre de estudio y de pensamiento; hijo de la tierra que describe, y, — en una palabra — artista, verdadero y sincero artista, condiciones sobrábanle para no escollar en la tarea.

El libro se desliza con el tono de una narración, casi siempre sencilla, llana, que nos pone en contacto directo con las cosas y los seres que el autor se propone pintar. Por este motivo repruebo el primer capítulo, en el que un cierto aparato épico — propio, comprendo, de la materia tratada — y algunas formas estilísticas lugonianas que el asunto involuntariamente sugiere, le hurtan al relato sencillez y naturalidad.

Esa simplicidad del libro es su condición más sólida, con tanta mayor razón, cuanto que, no es una fácil fluidez sino una espontaneidad brillante, vigorosa, derivada del tono, del lenguaje empleados, y de la honda comunión del artista con el tema que trata. Es así que las descripciones adquieren encanto en su sinceridad sin aliño, y que todos los pequeños detalles en el libro anotados se vuelven poéticos, pues sabido es que no hay cosa trivial para quien sabe considerarla con espíritu ingenuo, casi diría humilde, y con amor.

Pero, además de estos elementos artísticos, otros hay en *El país de la selva* de índole distinta y de mérito no menor, cuales son esas reflexiones sesudas, esas serias consideraciones que va Rojas derramando en cada página. Atinadísima encuentro así la analogía que señala entre los cantos, danzas y fiestas del país de la selva y los similares de los albores de Grecia; entre los bailes del bosque y los añejos cultos dionisíacos que originaron la tragedia.

El lenguaje que Rojas emplea no es desmirriado ni pobre: tiene nervio y es rico, jugoso, como era de esperar de quien ama darles á sus altas cualidades de artísta el sólido subs-

trato de una ilustración literaria severa. Ello me hace lamentar con mayor razón que incurra en el vicio, ya muy generalizado, aunque no menos censurable, de substituir con enojosa frecuencia el pretérito perfecto de indicativo por cualquiera de las dos primeras voces del pretérito imperfecto de subjuntivo. La forma no es nueva y la abonan en la literatura española numerosos pasajes; pero, aun admitiendo su empleo moderado, singularmente en substitución del pretérito pluscuamperfecto de indicativo (de lo que ya se encuentran ejemplos en la *Gesta de Mio Cid),* no es escusable el abuso en que comienzan á incurrir algunos de nuestros mejores escritores, empleándola en su valor condicional en giros que requerirían toda otra cosa. De este paso muchos literatos van á suprimir en su léxico, voluntaria y completamente, el pretérito de indicativo. Comprendo que alguien podrá ver en estas observaciones un desdichado valbuenismo; mas paréceme que, so pretexto de no caer en la pedantería gramatical, no es del caso pasar por alto cuestiones de vital importancia para el idioma. He preferido, sin embargo, presentar desnudas estas apuntaciones sin apoyarlas en ejemplos demostrativos, bien que indigestos. Con sólo abrir el libro se los hallará en abundancia.

Los paisajes, los tipos, los usos, el *folk - lore,* todo lo que da á una región su fisonomía peculiar se halla en *El país de la selva.* Es una obra robusta y lozana, que no ha de morir porque la atan múltiples lazos al terruño de cuyos jugos se ha nutrido. Santiago del Estero tiene, pues, desde ahora, también su libro como La Rioja, y, precisamente, ha sido al calor de *Mis montañas* que se ha formado *El país de la selva,* de la misma filiación y con idéntica tendencia.

Concretando en una imagen una impresión puramente personal, hallo una rara relación entre esta obra y el aspecto físico de su autor: admiro en ella toda esa arrogante fiereza, esa noble austeridad que respira la cabeza del poeta, coronada por la melena bravía. Diríase que él ha comunicado á la obra su vitalidad juvenil.

Museo histórico nacional: "El clero argentino desde 1810 á 1830".

El señor Adolfo P. Carranza, director del Museo histórico nacional, ha compilado en dos tomos nutridos las oraciones patrióticas pronunciadas por el clero argentino desde 1810 á 1830. La obra, inteligentemente prologada por el señor Guillermo Achával, es útil y loable, como todas las que se proponen reunir los materiales dispersos de nuestra historia: no así la forma en que ha sido realizada.

Tratándose de una publicación hecha por el Museo histórico y de una obra que encierra toda una faz del pensamiento y la acción del primer período de la historia patria, razonable es exigirle al señor Carranza una edición menos defectuosa de la que ha dado á luz.

La corrección de las pruebas ha sido deficiente, notándose también falta de cuidado en la transcripción de los manuscritos. La puntuación y la acentuación son con frecuencia defectuosas, no escusándolas el hecho de que lo sean en los originales, pues incumbía la corrección á la crítica sagaz y prudente del compilador. ¿Cuándo aprenderemos á tomar en serio estas cosas? ¡Por Dios, que no se trata de manuscritos de los clásicos, sino de modestas páginas, muy inteligibles, sin contar con que ya algunas de esas oraciones habían sido impresas! Y á este propósito, ¿por qué no indicar mediante unas sencillísimas notas, dónde y cuándo lo habían sido?

No hablo del abundante latín de esos buenos padres, porque no hay por donde agarrarlo. Si le damos crédito al señor Carranza, ese latín tiene grandes analogías con el guaraní, tan adulteradas andan las palabras. Y la disculpa de que en el Museo histórico nadie sabe latín no es suficiente. ¿Abandonaremos con criminal indiferencia nuestro orgullo de pueblo culto?

Pero no he de magnificar estas que podrán parecer minucias, que en esta tierra todo lo parece. En cuanto á transcripciones demostrativas de lo afirmado, no caben, pues fuera el caso de llenar las páginas de esta revista. Me hallo sin embargo dispuesto á puntualizar en cualquier momento más

extensamente los reparos anotados. Aplaudamos por consiguiente la buena intención que ha guiado al señor Carranza, y hagamos votos porque aprendamos de una vez á ser serios, verdaderamente serios en estas cuestiones, aún en el detalle. Ello se obtendría fácilmente mediante una severa fiscalización de la labor subalterna por aquellos que han asumido su dirección.

Quiero terminar transcribiendo el párrafo final de la introducción del señor Carranza, modelo de buen gusto literario que puede ilustrar sobre la perfección de la obra entera. « Complemento mi trabajo — dice — con las *monografías (sic)* de sus autores (?), que el señor Pedro I. Caraffa tenía escritas y *galantemente* (!) me las ha ofrecido ». ¡Cuánta bondad!

"Por los caminos del mundo" por GUIDO A. CARTEY

Es un ramillete de poesías, frescas y humildes. Su autor, el señor Cartey, tiene un alma ingenua y sentimental. Al leer sus versos sencillos, generalmente melancólicos, se cree sin dificultad en lo que él nos dice en el prólogo:

Estas pálidas flores, ignoto, han germinado
en lóbrego terreno con lágrimas bañado,
donde la noche obscura y siniestra reinaba.
Oh soñador, la mano que las juntó temblaba.

Aunque en su poesía predomina el elemento subjetivo, no faltan en el libro composiciones descriptivas, entre las que señalo como de las más eficazmente dibujadas, ese bonito soneto « La moza de cántaro ».

Tal es la musa del señor Cartey, sincera, sin complicaciones, sin audacias de forma de ningún género. El ya ha encontrado su camino: recorriéndolo sin desfallecimientos, con el propósito firme de alcanzar una perfección formal siempre mayor, puede darnos libros de mérito no escaso, de los que el presente folleto no sería sino un prometedor anticipo.

ROBERTO F. GIUSTI.

REVISTA DE REVISTAS

La Lectura — *Madrid* — En esta revista qne dirige Francisco Acebal, el señor Pedro Dorado publica un artículo cuyo título, *¿Viva el pecado?*, es ya promesa de tema interesante.

El señor Dorado es ya bien conocido entre nosotros, pues además de ser LA LECTURA — donde con frecuencia colabora — muy leída aquí, los ARCHIVOS DE PSIQUIATRIA Y CRIMINOLOGIA, publica con frecuencia artículos que no han pasado inadvertidos.

Es este artículo de LA LECTURA tan bueno, tan interesante, tan hermoso que no es posible callar.

Comienza el señor Dorado: — «Yo comprendo bien el estado de inquietud y de tortura espiritual de los místicos. Es cosa desesperante, en verdad, engendradora de un desosiego permanente, eso de buscarle norte y un significado á la vida, y no encontrárselo. Trata uno de obrar en todo, ó en lo más posible, razonablemente, y después de mucho afanar, tiene que declararse vencido, por no haber logrado descubrir en qué consiste lo razonable. Nuestra razón y nuestra inteligencia son, quizá, un estorbo y un disolvente incompatibles con la apacible tranquilidad que parece condición indispensable del vivir gozoso». Y después de hablar brevemente de la libertad, de la razón y la inteligencia, continúa:

«No hay manera de escapar al tormento que para el alma llevan envueltas todas estas preguntas; ó, mejor dicho, no hay otra manera de librarse de él más que no haciéndoselas. Recorrer la línea de la vida sin vivirla, como un guijarro del camino, que tiene peso y ejerce presión y verifica combinaciones químicas, pero sin saberlo ni buscarlo: tal es, acaso, el ideal, si ideal cupiera en circunstancias semejantes. ¡Cuanto mejor fuera, quizás, si la suposición no es blasfemia — que tampoco sabemos si lo es, y si lo es, decimos como ella muchas; — cuanto mejor fuera hacer sacrificio y renunciación de nuestra actividad inteligente y dejarnos llevar todo lo posible á la deriva, como cuerpos muertos, sin hacer pinitos de independencia ni pretender guiarnos por propias, conscientes resoluciones! Si los seres sin vida y sin conciencia, conduciéndose de esta suerte, contribuyen á los planes divinos y los secundan, ¿por qué no había de ocurrir igual con nosotros? Es también posible que así suceda, á nuestro pesar. No tendría nada de extraño que la pretendida dirección consciente de nuestra conducta fuese del todo ilusoria: quizás vamos empujados hácia donde no podemos menos de ir, sin otra particularidad característica nuestra sinó que en este viaje

nos acompañan amenudo la inteligencia, la conciencia, la razón, que hacen papeles de simples testigos, y no de guías».

Hay á continuación una série de consideraciones sobre nuestro afán de triunfar facilmente en la vida, y después de contristar con la realidad de este vivir fatigante é inútil en persecución «de cosas inaccesibles,» nos dice: «No sé yo, en vista de lo dicho, si será posible negar que todos hemos nacido y crecido en el pecado y que de pecado é iniquidad se compone y alimenta la vida humana. Creo que no. Todo esta vida, que no se hace sinó socialmente, requiere la prepotencia, la represión, la imposición de unos sobre otros. Las relaciones sociales presuponen la dominación por una parte y la sumisión forzosa por otra. De esto se halla tramada tal vida. Se dice que el vínculo y el aglutinante de los hombres constituídos en sociedad — estado «natural» de estos, según se añade — es la moral y el derecho. Pues la moral y el derecho ni los concebimos ni los practicamos sinó dándole el sentido de potestad, quiere decir, de prepotencia y subyugación. No parece haber en todo el universo más que subordinación de unas partes de él á otras, de unos seres á otros. Ahora, la subordinación mútua entre los hombres, exigida coactivamente, cualquiera que sea el modo de esta coacción, favorable á unos y perjudicial á otros, ó aún beneficiosa, si así se quiere, para todos ellos, al menos durante un cierto período y desde un determinado punto de vista, es lo que denominamos moral y derecho, ora estén, ora no estén formulados en reglas concretas, legisladas. No se concibe moral ni derecho — los cuales son, en el fondo, una misma cosa con distinto nombre y mirada por diferente aspecto — que no estén integrados por normas de conducta, y toda norma envuelve, indefectiblemente, exigencia de un lado y subyugación de otro. ¿No es un contenido de deberes el que se da á la moral por todo el mundo, sea cual sea la concepción ó filiación filosófica de donde se parta y á la que el moralista pertenezca? Pués el deber implica sumisión y, por tanto, un sometedor y un sometido. Y del derecho. ¿no hay que decir lo mismo? Todo derecho, aseguran los técnicos — y parece que dicen verdad — es por fuerza una relación, en la que existe, por uno de sus extremos, pretensión ó exigencia, y por otro — ya en distinta persona, ya en la misma, que esto para muchos es indiferente, igual que en la moral — obligación ó deber. Es lo que quieren decir, con otras palabras. cuando aseguran que todo derecho tiene siempre por correlativo un deber, y todo deber un dererecho, ó que no hay acreedor sin su correspondiente deudor, ni, al revés, deudor sin su correspondiente acreedor. La suma de deberes de una persona equivale á la suma de vínculos de subordinación y sumisión que la tienen ligada *(ob-ligada)*, y merced á las cuales no es dueña de sí ni puede dirigir su conducta conforme á su criterio y á su voluntad, sinó que ha de tomar por guía una voluntad y un criterio ajenos, aun cuando le parezca irrazonable lo mandado y torture con ello

su conciencia; la suma de derechos, en cambio, equivale á la suma, de poderes que alguien está facultado para ejercitar contra otro ó contra otros, y con cuyo auxilio queda dueño, en cierto respecto, del deudor ú obligado, sustituyendo su modo de ver las cosas y su querer, al modo de verlas y al querer acaso distintos, que tenga éste.

«Repito que, según eso, más bien que la justicia y la moralidad, son la inmoralidad y la injusticia los que forman el tejido de la vida humana, social por excelencia».

Sigue luego el eminente catedrático estudiando la ley creada para conservar el orden dentro de las agrupaciones sociales, ya completas, ya incompletas, lícitas ó ilícitas, para sentar «que la vida que concebimos como *natural*, esto es, como determinada tan sólo por los impulsos naturales y por los dictados de la propia conciencia individual, no nos es posible hacerla. El individualista y el anarquista más exagerados lo comprenden así, y no quieren, por eso, renunciar á la vida en común, de que por otra parte, desearían verse libres, por ser ella, inevitablemente, engendradora de ligaduras y trabas para el desplegamiento de la personal actividad. Lo propio les ocurrió á los rousseanianos: enamorados de la naturaleza y de su exclusivo imperio, y considerando á la sociedad como causa originaria de todos los males que á la humanidad afligen, no quisieron resolverse á prescindir de la misma; lo que hicieron fué juzgarla como un *mal inevitable*, que había que procurar reducir á las menores proporciones posibles. Y en la misma disposición de espíritu se han colocado otros muchos.

«Tal es la cuestión, en sus términos más descarnados: «La sociedad es un mal inevitable». Ella degenera al hombre, y el hombre, animal *social* por excelencia, no puede abandonarla. Es el caldo de cultivo de donde este no se puede salir, y en el que, sin embargo, pierde ó embota sus más excelsas, vigorosas y recomendables condiciones nativas».

Y después de decirnos y demostrarnos que la moral es convencionalismo, más ó menos reflexivo y consciente, que el derecho, las costumbres, las maneras, la cortesía, el arte, la industria, el comercio y la religión son convencionalismos, nos sorprende con la exposiciòn de su miraje verdadero de la vida y el precio de ella: amarguras, iniquidades, necesidades siempre nuevas, imperfecciones, limitación, injusticia, pecado.

Terminando su interesante estudio, después de largas observaciones sobre la vida social, con estos párrafos: «No es tan reprobable, como suele decirse, sobre todo de una manera general y sin pensar concretamente en lo que se afirma; no es tan reprobable como parece el obrar egoísta y, por lo tanto, con apariencias de injusto. Es una parte indispensable de nuestra vida, y de poco sirve declamar ni sermonear contra él. La fiebre de los negocios con su secuela, ó si se quiere, con su móvil—ambas cosas, como en el hidrópico,—la fiebre de la ganancia, que llega al vértigo—el vértigo de

la velocidad, exactamente lo mismo que en otras relaciones,—podrá ser muy egoísta y muy pecaminosa; pero constituye, cuando menos hoy, una condición ineludible de la existencia social. Todos los pueblos «civilizados» ó en camino de la civilización la padecen, aunque en diverso grado, según el grado de esta; es decir, según el grado de su industrialismo, característica, como se ha advertido, al decir de los que pasan por sociólogos competentes, de la civilización contemporánea. Será una fiebre de crecimiento, que mañana podrá desaparecer ó darse solo accidental y esporádicamente en algún caso; pero que en estos tiempos es normal, y si engendra injusticias, ellas son de las llamadas inevitables, esto es, exigidas por todo el complexo orgánico, extructural y funcional de la sociedad presente.

«No tenía razón Nakens al extrañarse, aun cuando irónicamente, de no haberse tropezado en la cárcel á los grandes ladrones, á los ladrones de millones, y sí solo á los pequeños rateros. Es lo que también se dice con demasiada frecuencia. Mas el modo que aquellos emplean para hacer pasar á su gaveta dinero ajeno, es un modo perfectamente lícito y aprobado en los tiempos que corren y en nuestro medio social. Por otro lado, ¿cómo no acoger con una escéptica sonrisa las lamentaciones y censuras que, tanto periódicos como las gentes en general, dirigen á cada paso—sin mirar para sí propios, que hacen lo mismo, cada cual en su esfera—á los individuos con quienes conviven, y sobre todo á las clases y profesiones (comerciantes, panaderos, bolsistas, policías, escribanos... todo el mundo), por el modo como se comportan, hallándolo teñido de ambición, de codicia, de vanidad, de erostratismo, de recelo, de venganza, etc., etc.? Todo ello es, precisamente, «la sal de la vida» y sin ello la vida, por lo menos la actual, no se comprende. ¡Con cuánta razón puede argüirse á los censores con el «tire la primera piedra el que esté libre de pecado»! Y á todo juez, advertirle que se mire mucho antes de calificar de delito ninguna acción, y antes de castigarla, si es que quiere, como á todas horas suelen ellos decir, no ejercer sus funciones en nombre de la prepotencia, sino ejercerlas en nombre ¡de la justicia!»

El Cuento Semanal—Esta hermosa publicación española ha resuelto hacer una *edición especial* para la República Argentina. Edición con la cual se proponen los amigos de *El Cuento Semanal* «hermanar lo más posible la literatura hispana y la bonaerense, ofreciendo á sus representantes una tribuna selecta y propicia á todas las inquietudes del espíritu moderno».

Aplaudimos sin reservas esta simpática iniciativa, deseando la vida próspera que esta clase de publicaciones merece.

ALFREDO COSTA RUBERT.

NOTAS Y COMENTARIOS

Miecio Horszowski — Este divino niño que, en 1906, deleitó á nuestra sociedad haciéndole oír las obras de los más geniales músicos, ejecutadas por sus manos prodigiosas, nos escribe desde San Remo (Italia) con fecha Enero 13 y nos envía al mismo tiempo su último retrato. Desde su partida de Buenos Aires, ha estado en el Brasil, Estados Unidos, Alemania, Austria, Italia, atravesando todos estos países en las palmas de la crítica y de los públicos. Ahora mismo, « La Bauta », Revista veneziana ilustrada, en su número de Febrero 1º., que acabamos de recibir, nos informa del último gran triunfo obtenido por Miecio en Venecia y hace notar lo mucho que ha progresado en en el transcurso del año 1907, año que ha impreso una huella indeleble en su vida luminosa.

« Nosotros », sabiendo que en esta ciudad dejó Miecio Horszowski un imperecedero recuerdo de su estadía, ha resuelto regalar á sus lectores una reproducción de la fotografía que nos ha enviado, en la seguridad de que este obsequio complacerá á todas aquellas personas que tuvieron la buena suerte de oirle. Acompaña al retrato un soneto, escrito por uno de nuestros más apreciados colaboradores.

Vicente Medina — Un saludo cariñoso para el poeta.

Que « Nosotros » le diga una vez más, en estos primeros momentos de su estadía en nuestra tierra, que aquí, si ya desde tiempo atrás se le estimaba á la distancia, en adelante se le querrá no sólo como poeta, más también como compañero en esa lucha por el ideal — y por el pan, ay! — en la que es la pluma la única arma.

Que él sea para nosotros como el representante de esa fresca generación de poetas que acaba de surgir en España y á la que nosotros estamos unidos en alma y sangre; que él recoja por ellos todo el afecto que por ellos sentimos.

Pues Medina no entra en el número de los poetas á quienes sólo se admira: él es de aquellos á quienes también se quiere, porque en sus versos hay bondad y ternura, porque cantan los afectos sencillos del alma, que son los afectos eternos. Se le quiere porque sus versos no son académicos, pero « hacen llorar ».

Para él pues un saludo de hermanos.

Enrique J. Banchs — Como secretario de redacción, el señor Enrique J. Banchs se incorpora á la revista. A ella puede sin embargo decirse que ya la acompañaba espiritualmente desde su aparición, tantos fueron sus desvelos, tanto su afectuoso interés por su marcha sin tropiezos, habiendo honrado sus páginas, con bellas, raras composiciones en prosa y verso, que causaron la admiración de los entendidos.

El señor Banchs es ventajosamente conocido en nuestro mundo literario. Su primer libro de versos, *Las Barcas,* aparecido en Setiembre próximo pasado, constituyó el mejor éxito poético del año. Es joven y tiene mucho talento. Gozosa, pues, la dirección de la revista incorpora á la falange de escritores que forman su cuerpo de redacción, á este poeta amigo, que, surgido no hace apenas un año, ya se ha conquistado un renombre que muchos no adquieren sino tras larga brega.

Libros recibidos — *Amado Nervo:* « Almas que pasan » Ultimas prosas — Madrid — 1906.

Paul Groussac: « Santiago de Liniers » Conde de Buenos Aires — 1753 - 1810 — Con un retrato al agua fuerte y un plano de Buenos Aires en 1807. Arnoldo Moen y hermano, editores — Florida, 323 — Buenos Aires — 1907 — (Nos ocuparemos de él en el próximo número).

Rudyard Kipling: « El libro de las Tierras Vírgenes » Traducido del inglés directamente, con autorización del autor, por Ramón D. Perés — Ilustraciones de José Triadó — Segunda edición — Gustavo Gilli, Editor — 1908 — Barcelona.

Rubén Darío: « El Canto Errante» Madrid—Biblioteca Nueva de escritores Españoles — M. Pérez Villavicencio, Editor. — 1907.

Guido Anatolio Cartey: « El Dilema » (drama) — 1907 — « Por los Caminos del Mundo » (poesías) — 1908 — Buenos Aires.

Carlos Schaefer: « Lucha . . . » — Tragedia de Almas — Biblioteca Nacional « Non Plus Ultra » 1907 — Buenos Aires.

Aurelio del Hebrón: « Domus Aurea » — Montevideo 1908.

Juan Agustín García: « Memorias de un sacristán » — Segunda edición — Dibujos de Carlos Clérice — París — A. Donnamette 1908. (Nos ocuparemos de él en el próximo número).

Félix B. Basterra: « Asuntos Contemporáneos » — Buenos Aires - F. R. Miller, editor — 1908.

« El Clero Argentino de 1810 á 1830 » — Oraciones patrióticas — Compiladas por *Adolfo P. Carranza* — 2 tomos — Publicación del Museo Histórico Nacional — Buenos Aires — 1907.